

# **LA RONDA DEL RESIDENTE**

*Novela*  
*Marco de León Espitia*

*Bucaramanga, 1996*

## Capítulo **PRIMERO**

La tercera vez que despertó en la madrugada se asomó por la ventana del mirador, la niebla era tan densa que no podía distinguir las lámparas encendidas en la acera del frente. Ajustó herméticamente las hojas del ventanal y protestó ante sí mismo contra el clima - pendejos - pensó - si tuvieran gallos les amanecería de otra manera -.

La calle, y quizás toda la ciudad, amaneció bañada por la lluvia que Estaban Del Mar oyó repicar en el tejado durante toda la noche, desde el mismo instante en que se acostó después de lavarse la boca con bicarbonato para evitar la indigestión. Era el primer viernes que amanecía tan oscuro en los últimos dos años, las luces artificiales de la calle habían permanecido opacadas por la niebla toda la noche. Esteban sintió algo que le daba vueltas por dentro y no lo dejaba dormir como gustaba la víspera de un turno prolongado, el llanto de las ambulancias en la puerta de urgencias, entrando y saliendo constantemente del hospital, fue otro factor perturbador al cual atribuyó su insomnio. Regreso a la cama después de pasar por el baño para orinar y se acostó por cuarta vez en la noche sin poderse dormir. En la penúltima levantada había colocado el despertador a las seis y treinta de la mañana para aprovechar el último sueño de la madrugada, pero

el aparato sonó cuando apenas comenzaba a quedarse dormido, obligándolo a despertar por última vez.

Había llegado a Bucaramanga dos años antes con el propósito de quedarse el tiempo necesario para terminar su entrenamiento de especialista. Ni un día más. Llegó de su pueblo con una maleta grande de tela, patrimonio familiar, llena de muchas buenas intenciones y poca ropa. En otro bolso pequeño de doble cerradura guardaba apuntes diversos de su época de estudiante y algunos libros envejecidos que consideraba indispensables a la hora de enfrentarse a un enfermo difícil. Se instaló sin buscar demasiado, según lo permitido por su exiguo presupuesto, en un barrio pobre aledaño a la parte norte del hospital, en una habitación con el espacio estricto para una cama sencilla, la mesa de estudio y el armario de los libros, con una ventana de hojas grandes hacia el balcón, por cuyos vidrios desajustados el viento frío aprendió a colarse desde siempre. Desde la calle, los brazos levantados de un árbol viejo acostaban su sombra sobre los vidrios enmohecidos en los atardeceres de marzo, danzando sobre la ventana la melodía triste de una brisa sin fortuna que no conocía el mar. Su propietaria era una anciana lánguida, refugiada en recuerdos imprecisos reconstruidos en el infortunio de los años en soledad, que se escuchaba a sí misma la mayor parte del tiempo. De pocas palabras, utilizaba solo las que no la abandonaban al hablar. Su primera conversación con Esteban Del Mar fue para imponer las condiciones de la convivencia: no amigas, no alcohol, no música, no ruidos en la habitación. La segunda, dos años más tarde, fue para

pedirle que se marchara al enterarse que estaba enfermo de un mal cuyo nombre le resultaba impronunciable.

Hortensia, su mujer, llegó a acompañarlo varios meses más tarde preocupada por los silencios cada vez más prolongados de Esteban. Lo hizo en contra de su voluntad. - Tienes una semana - le había dicho desde Cartagena - para evitarme una contrariedad cuando llegue - En efecto, el sábado siguiente se presentó sin avisar, con un baúl de guayacan en donde trajo las cosas importantes que Esteban no había querido llevar en su primer viaje: Los pantalones cortos de estar en la casa, el vestido negro de graduación que había quedado para ocasiones especiales, una hamaca de canto hondo para clima frío y el cuadro de una mano abierta con la imagen en el centro de un lactante rubio de cabello ensortijado y ojos claros en quien depositaba las esperanzas de su fortuna y la de su marido. Llegó dispuesta a ocupar su sitio al lado de Esteban, para evitar descuidos que tuviera que lamentar. Desde entonces no le perdió pie ni pisada. Guardaba copia actualizada de la programación de turnos en el hospital, las direcciones y teléfonos de cada uno de sus amigos y colegas y una lista detallada con fechas y horas de todos los cursos y congresos de las sociedades médicas de la ciudad. - Yo conozco lo que tengo - comentaba ante sus amigas, para justificar la asechanza con que ejercía la autoridad sobre sus pertenencias maritales - la que quiera guarapo que pique la caña -. Así, con sigilo militar controlaba sus pasos unas veces desde el teléfono y otras desde la cocina convencida de que también al hombre se le amarra por el estómago.

Esteban Del Mar era un hombre de buenos instintos, noble y responsable por sobre todas las cosas, aún por encima de su propia salud. Había nacido treinta y dos años antes en un pueblo de la Costa que nunca tuvo el rango suficiente para aparecer en los mapas oficiales. Su primer cumpleaños lo celebraron en Cartagena, a donde se trasteó la familia en busca de progreso. Allí, veinte años más tarde, en la universidad, conoció a Hortensia con quién se casó después de su primera noche de amor convencido de que no había más que buscar.

Cuando Hortensia llegó a Bucaramanga lo llamó desde la estación de buces para darle la noticia de que debía cargar el pesado baúl de Guayacán que varias veces estuvo a punto de convertir en leña. Desde su ingreso al modesto cuarto donde Esteban vivía se instaló como su dueña y señora y dispuso los cambios necesarios para vivir mejor. Colgó detrás de la puerta principal una herradura de la guerra de los mil días con una penca de sábila conjurada, cambió los vidrios del ventanal del mirador por unos más oscuros para que no miraran desde afuera y cerró todos los respiraderos para que el frío no la mortificará, colgó tres matas de helecho en el balcón y dos jaulas con mochuelos en lo alto de la casa al lado del lavadero, donde pudieran cantar todo el día sin que los efluvios de sus plumas alborotaran las alergias de Esteban. Organizó los libros según el año de publicación y siguió por varios meses cambiando de lugar las cosas mal ubicadas

hasta el día en que debió abandonar la habitación para tratar de organizarle otra vida a Esteban a causa de su infortunio.

El amanecer oscuro del viernes ensombreció el humor del doctor Del Mar. Despertó poseído por una placidez efímera que le floreció espontánea en la madrugada a pesar del escaso descanso, pero que lo abandonó al darse cuenta que sería un día húmedo y el frío, y que la fiebre matutina que lo había perturbado con puntualidad inquebrantable en los últimos quince días comenzaba a abordarlo más temprano que de costumbre. Como buen pueblerino le resultaba difícil soportar el sonido chirriante del despertador de cuerda a cambio del canto altanero del gallo desde el caballete de la casa. Por eso también se levantó contrariado. Hortensia le hizo caer en cuenta que las campanas repicaban anunciando la misa de siete. Era misa de muerto por el compás. Esteban desatendió la observación aclarando que la gente se muere todos los días y nunca pasa nada extraordinario.

- Pero en esta tierra a los muertos los anuncian por correo o por teléfono. Nunca con campanas - le hizo notar Hortensia complacida con su descubrimiento -. - Debe ser forastero – agregó Esteban.

Dos días después, en vísperas del anuncio de su propia muerte, Esteban Del Mar se enteró de la identidad del muerto que había nublado el viernes, había sido su profesor y amigo Orestes Trespalacios, a quién conoció recién llegado a Bucaramanga en su segundo día de residencia, durante el desayuno oficial de presentación

de los nuevos residentes a los maestros del departamento de medicina interna. Desde ese día Esteban recordaría con buena impresión a uno de cabello claro y semblante europeo, de hablar pausado y reflexivo, a quién solo permitieron decir su nombre por falta de tiempo, con quién poco tiempo después compartiría extensas tertulias sobre lo único que verdaderamente los apasionaba a ambos: La literatura. Compartieron además la afición por las flores, el mar y la música de Vivaldi. Menos por los pájaros a los que Esteban era alérgico de nacimiento. Pasaron muchas horas en la penumbra de la biblioteca dialogando al amparo de la inspiración repentina sobre cosas que después olvidaban. Por eso el día que se enteró de su muerte Esteban Del Mar la sintió como propia, asumiendo que había perdido con él parte de sus ideas más premonitorias sobre el mundo. Ese mismo día, después de olvidarse de una propuesta de amor desatendida, se convenció de que la oscuridad del viernes no fue un capricho de las nubes confundidas, sino más bien el luto de la naturaleza entristecida.

Después de lavarse la boca por segunda vez y hacer las gárgaras de bicarbonato con limón para maquillar el aliento, le pidió a Hortensia que le escogiera la ropa para un turno largo. A pesar del malestar que lo hostigaba le ocultó hábilmente sus quebrantos de salud y se dispuso a enfrentar con resignación el trabajo cotidiano. Esa mañana como era costumbre, entró al hospital por la puerta grande del servicio de urgencias procurando no evadir ningún saludo. Aunque la niebla no le permitía ver a más de un metro de distancia, el olor a excremento fresco y a orina fermentada le hizo saber que estaba cerca de los

consultorios de urgencia; una cloaca sin ventilación, en donde todos los días sin falta se hacinaban más de un centenar de rostros confundidos asediados por la muerte, envueltos en olores de todas las categorías. Unos buscando alivio a su dolor, otros para burlar a la muerte y todos, para mitigar el hambre. Cuatro salones pequeños con diez camas cada uno y un pasillo intransitable con todas las que le cupieran, cuyo aspecto de sótano remodelado al lado de la cocina y del incinerador de desechos, le daban una apariencia tenebrosa en medio de la espesa niebla de la mañana. Respondió con apretones de mano las sonrisas de cortesía de los vigilantes de turno y al pasar por la antesala del recinto saludo con un - *buenos días* - amplio y sonoro a los enfermos y acompañantes trasnochados que esperaban ser atendidos desde la noche anterior. Ancianos de corazón agonizante, diabéticos abandonados, desnutridos con varios litros de pus en los pulmones, fracturados, baleados, intoxicados y alcohólicos sin hígado que vomitaban sangre. Pordioseros e indigentes, espectadores inermes de su final, que prefirieron no desacomodarse del abrazo colectivo que los protegía del viento frío de la mañana. Pareció no perturbarlos su presencia. Aunque ninguno contesto el saludo, algunos abrieron los ojos levantando las cejas por instinto, pero al darse cuenta que el doctor Del Mar no se detuvo a mirarlos, distrajeron la atención en la llovizna que caía desde la noche anterior y volvieron a quedarse dormidos esperando que los llamaran del consultorio.

El doctor Del Mar apresuro los pasos y alcanzó a protegerse en la escalera de caracol de las gotas gruesas que empezaban a caer, pero

las gotas tiernas de la calle ya le habían empapado todo. El viento helado que venía de todas partes y extraviaba su rumbo en el parqueadero jugando con hojas muertas rozó al doctor Del Mar antes de que escapara de la lluvia, sacudiéndole la espalda con un coletazo repentino. Recorrió despacio el pasillo de entrada al segundo piso del hospital, frente al centro regulador de urgencias, hasta el fondo, al lado del comedor en donde debía esperar a que apareciera uno de los ascensores para subir al décimo piso. Un olor a loción de alcanfor azufrada que le pareció conocido lo acompañó por el pasillo hasta la entrada del ascensor recordándole a su buena amiga Maruja.

- lo que faltaba - pensó - el diablo anda suelto -.

El ruido de la puerta metálica al abrirse lo rescató de los pensamientos evocados por el olor a tierra mojada y lo invitó a entrar abandonando sus reflexiones en el pasillo. El ascenso le pareció eterno, en cada piso entraban y salían del elevador camillas, enfermos, botellas de oxígeno, canastas de refrescos, embarazadas, vendedores de lotería en silla de ruedas, vendedores de medicamentos, estudiantes, maestros, cadáveres que aún respiraban impulsados por la perseverancia de los médicos internos. Cada uno dejando el rastro de su olor inconfundible dentro del pequeño ascensor cuyo extractor de aire nadie recordaba haberlo visto funcionar. Un segundo coletazo de frío que le recorrió en un instante el espinazo le hizo suponer que los vientos y las nubes de esta lluvia venían del “*picacho*” cargados de hielo. Llegó al décimo piso con media hora de retraso, que de ser

necesario podría justificar por la lluvia. La ropa que se le había secado en el cuerpo le produjo una extraña incomodidad parecida a la náusea de los desayunos con caldo de leche. - debe ser del estómago – pensó - Y recordó con claridad que la noche anterior se había revolcado en la cama sin conciliar con el sueño, víctima de un cólico irreverente que el doctor Del Mar, con su acertado criterio clínico alcanzó a relacionar con tres bollos dulces, media botella de suero y una totuma de guarapo de panela que había comido de postre antes de acostarse. El tercer frío de la mañana lo asaltó encerrado en el refugio de residentes, con puertas y ventanas cerradas, precedido por la acostumbrada protesta estomacal matutina por dos años de desayunos desatendidos y seguido por un acceso febril de cuarenta grados que en menos de cinco minutos le hizo vomitar una vasija de líquido bilioso con olor a guarapo fermentado. La batalla con los vómitos, de la que el doctor Del Mar salió exhausto pero victorioso, duró más de lo que hubiese podido soportar alguien sin su reciedumbre. Sin recuperarse completamente tiró los zapatos blancos sobre la nevera y metió los pies con calcetines en el chorro de agua caliente del lavamanos. El cuarto frío lo sintió en el estómago y antes de que pudiera evitarlo se le propagó por todas las vísceras abdominales anunciándole una inevitable evacuación imprevista de urgencia impostergable. Pasó un trago inmenso de saliva densa, se agarró fuerte de la mesa de estudio para disminuir el vértigo, y con los calcetines mojados camino hasta el armario de los libros, tomó el más reciente ejemplar de hojas blandas del ***“New England Journal of Medicine”***, lo dobló escondido en el

bolsillo del pantalón y se dirigió a pasos cortos y rápidos al baño del último piso.

Dos semanas antes el doctor Del Mar había sobrellevado calladamente episodios aislados de fiebres indescifrables que le había ocultado hábilmente a Hortensia para no tener que admitir sus constantes reproches por el exceso de trabajo, pero sólo hasta ese día en que las fiebres se le convirtieron en fríos, al inicio de un turno prolongado, decidió someterse a exámenes de rutina. Se presentó temprano al laboratorio del hospital, antes de que llegaran a recibir el turno de la mañana del sábado, vestido de blanco, meticulosamente afeitado y con el estómago vacío. Solo dos ojeras profundas con una tos seca y pertinaz enturbiaban su impecable presencia. Dejó diez centímetros de sangre anti coagulada en un tubo estéril y una gota extendida en una lámina de vidrio rectangular. Dijo que volvería en la tarde por el resultado. Antes del medio día habían procesado las muestras y tenían listo un resultado que debía verificarse antes de ser informado. Después de haber revisado varias veces la sangre extendida, el grupo de turno en el laboratorio consideró que debían ser vistas por el hematólogo para dar un concepto definitivo. Pero este no llegaría hasta el martes y nadie se atrevía a llamarlo a su casa. Al salir de su oficina en el banco de sangre los viernes en la tarde el doctor Jerson Laza daba instrucciones precisas, y la orden incontrovertible de no ser molestado por ningún motivo durante el fin de semana: - *ni acabándose el mundo* - Ordenaba. El doctor Laza era conocido por su talante de negro simpático y hematólogo brillante, emprendedor inagotable de

tareas difíciles y trabajador hasta el cansancio. Su genio impredecible cambiaba de rumbo como los vientos alisios. Costeño de nacimiento pero santandereano en los modales, sus iras pausadas tenían magnitudes apocalípticas. Y cuando daba una orden esta debía cumplirse a menos que *el mundo se acabará*. Lo que significaba que el resultado del análisis hecho a la sangre de Esteban Del Mar no estaría listo hasta el martes. Tampoco Esteban habría de enterarse del resultado hasta el martes en la tarde cuando sus colegas de residencia lo condujeron a una cita misteriosa con el doctor Laza en la oficina del banco de sangre. El informe postergado se hizo de dominio público en el hospital antes del mediodía. Al terminar la tarde todos en el hospital miraban a Esteban Del Mar con ojos distintos sin que nadie supiera por qué a ciencia cierta. La fiebre y el malestar no le permitieron a Esteban interpretar el mensaje de las miradas. Unos lo hacían con actitud para tuberculosos, otros con ojos para mirar cancerosos y otros con ademanes propios para hablar con quienes padecen del SIDA. Pero todos con la ternura prudencial con que se mira al caído en desgracia por una enfermedad incurable. Sin embargo nadie, a pesar del asedio, se decidió a hacerle una pregunta que insinuará su proximidad con la muerte por considerarlo un grave desacató a la prudencia y una falta irredimible a la elegancia.

El viernes, al levantarse por última vez, mientras se preparaba para salir al hospital, y embriagado aún por el recuerdo de los sueños eróticos de la madrugada, le había leído a su mujer en voz alta desde

el retrete en tono nostálgico, la primera página del diario dedicado a su vida de residente:

***“Heme aquí. Hoy como tantas otras veces en la vida enfrentado a mis angustias, en la soledad de una habitación húmeda y lejana a mis afectos, igual a tantas en que he dejado parte de mi pasado. De nuevo, como antes, obligado por la fuerza ineluctable de una decisión ajena, que sin saber a quién pertenece ni a dónde me lleva, insisto orgulloso en exhibirla como propia. Rodeado de gentes cuyas vidas comenzaron a existir en la mía hace unas horas. Con quienes deberé compartir alegrías y tristezas en los próximos tres años para no claudicar víctima de la nostalgia”.***

- No entendí ni jota - replicó Hortensia

- Mejor - repuntó Esteban - Eso significa que está excelente - y agregó - algún día habrá quién pague millones por este diario –

- Si no lo boto antes - respondió Hortensia desde la cama, aun dormida.

Llevaban juntos seis años de casados sin contratiempos mayores. El recuerdo anecdótico de tres conflictos intrascendentes provocados por asuntos del amor fortalecía su matrimonio ejemplar. Situaciones que Hortensia desempolvaba hábilmente para exhibirlas como triunfos

de guerra en los momentos más oportunos. No tenían hijos a pesar de no haberlos eludido intencionalmente. En varias ocasiones propiciaron sin éxito su llegada con el sobresaliente propósito de abatir el aburrimiento. Precisamente el primer desacuerdo grande surgió a la hora de repartirse las culpas de su soledad. Aunque Hortensia siempre acusó a Esteban de carecer del toque mágico de la preñez, nunca lo enfrentó en el terreno de su dignidad. De alguna manera se sentía retribuida por la vida al haberle concedido un marido que sin mayores argumentos siempre la satisfizo a plenitud en el ejercicio magistral de las artes del amor, lo que alimentaba sin medida su indomable orgullo de mulata. Pero en medio de la complacencia que la inundaba al referirse a su marido como un elegido de la naturaleza, flotaba en su pensamiento, ensombreciendo la imagen de semental descuidado que le guardaba con veneración, el único agravio que no podría perdonarle mientras viviera : haber mencionado dormido en la noche de bodas el nombre de su primera novia. A pesar de las explicaciones detalladas, Esteban gastó más de tres años en convencer a Hortensia de que Gertrudis no significó en su vida más que una aventura de adolescente que concluyó con la muerte trágica de ésta, arrollada por un bus inter departamental, mientras pastaba en la orilla de la carretera. Después de casados su vida de pareja inició un curso plácido y sosegado en Cartagena. Inmersa en la rutina del calor caribeño Hortensia encontró respuesta a sus inquietudes al lado de Esteban, quien poseído por una fuerza ancestral satisfizo sin mezquindades todas sus expectativas sobre el amor. El embrujo del amor les alcanzó casi para cuatro años,

hasta una tarde en que Esteban le reveló a Hortensia sus preocupaciones desde el fondo de la hamaca.

- Me voy a estudiar - le dijo - quiero ser especialista –

- Y ¿cuándo nos vamos? - Preguntó Hortensia casi antes de que Esteban terminara la frase, como si la hubiera estado esperando desde hacía mucho tiempo.

- Me voy - le corrigió Esteban - tú te vas después. Cuando me organice -.

Eso Hortensia también lo sabía, por ello no le contestó. Antes de seis meses Esteban había iniciado sus estudios en Bucaramanga y Hortensia esperaba atenta su llamado, contrariada por haberse quedado sola, sin un hijo, y pensando que sus argumentos repetidos eran quizás insuficientes para garantizar el regreso de su marido.

Preparado para un turno de cuatro días Esteban acomodó en su maleta de viaje artículos de aseo personal y la ropa que Hortensia le había escogido para cambiarse, un manual de procedimientos de urgencia, una revista censurada con destino incierto y las fotocopias de un informe reciente sobre enfermedades de la sangre que marchitaban el amor. Llovía desde la madrugada y una ráfaga de viento frío silbaba a través de la ventana. Parte de la nube densa en que estaba inmerso el vecindario paso rauda por la acera rumbo al norte arrastrando los

pensamientos de Esteban que sudaba copiosamente por los lados de la cara víctima de un calor interno desconocido. Nunca antes había visto pasar una nube tan cerca que pudiera tocarla, sin quererlo, pensó que podía ser el anuncio de una desgracia. Se despidió de Hortensia con un beso en la frente en señal de conciliación, olvidando cualquier resentimiento engendrado por su ignorancia literaria y la tranquilizó asegurándole que desayunaría en el hospital. Cruzó la calle agitado. Devorado por la niebla antes de alcanzar la otra acera se dirigió por instinto a la puerta grande del servicio de urgencias. Entró al hospital con la bata blanca sin abotonar, con los bolsillos repletos de medicamentos para quienes no podían mendigarlos personalmente, la copia ilegal de un texto extranjero de medicina bajo el brazo y el fonendoscopio colgado del cuello oscilando como péndulo ante el ombligo por los pasos agitados, no pensando en otra cosa que no fueran sus enfermos. Atrás habían quedado los reclamos de Hortensia y el sueño inquieto de la madrugada con sus ocurrencias vasculares. Atrás quedo también la niebla que lo envolvió a cruzar la calle antes de entrar al hospital. Por delante tenía setenta y dos horas de trabajo continuo y el compromiso personal de no desfallecer ante la inclemencia de la fiebre que en medio de las hojas abandonadas que el viento elevaba en el parqueadero se transformaba en sacudidas de frío quizás enviadas por la muerte.

## Capítulo **SEGUNDO**

La muerte del doctor Orestes Trespalcios sería tal vez más recordada que su vida. Los ochenta automóviles que acompañaron al féretro y los interminables discursos de despedida casi la convierten en fiesta de la patria. Esteban se enteró dos días después por casualidad. Había presenciado el paso del entierro desde el último piso del hospital sin saber quién era el difunto. Aunque le pareció extraño que un muerto sin pergaminos lo enterrarán con tantas flores, no satisfizo su curiosidad de inmediato por haber ocupado la atención en cosas más urgentes el resto del día. Lo vio de lejos, el mismo viernes en la tarde, después del almuerzo desde el comedor de la azotea, pero no supo quién era el muerto hasta el domingo a medio día después de ignorar una súplica de amor. A primera vista le pareció un entierro esplendoroso, a la altura de un muerto distinguido, con toda la pompa de un entierro patriarcal. Esa tarde hubo más flores en la calle que gotas de lluvia en la madrugada. En plena primavera las floristerías agotaron sus bodegas y dejaron pedidos insatisfechos. Después del entierro la ciudad quedó cubierta de flores. Las que cayeron en la acera florecieron puntuales en varias estaciones y la ciudad se convirtió en un inmenso jardín.

- Este muerto va para santo - pensó Esteban en voz alta, observando la caravana que se movía como un gusano gigante frente al hospital en dirección al sur. Aunque no hizo ningún comentario adicional, el exceso de velocidad le pareció una falta de respeto con el muerto todavía fresco.

- Le sigue estorbando a alguien - pensó.

Orestes recibió para su entierro flores exóticas de todos los rincones del país. La nube de polen que rodeó al cortejo fúnebre desde su salida en la iglesia de la Inmaculada Concepción hasta el cementerio, propició un estornudo colectivo que salpicó de verde el impecable atuendo de Monseñor estrenado para la ocasión. En la tapa del ataúd florecieron gardenias, rosas verdes y geranios que disiparon dudas sobre la fecundidad sobrenatural que se le atribuyó en vida. El doctor Orestes Trespalacios fue un hombre asediado por las mujeres a quienes cautivaba sin resistencias con el encanto de su voz de gaita que parecía un trino de pájaro en celo. Se aseguraba que era capaz de enloquecer a las hembras de cualquier especie con su voz. En ningún día de su vida, desde que podía recordar, le faltó la compañía femenina. Fue un hombre de mediana estatura y aspecto agradable, de verbo pausado, nariz prominente y barba recortada que acariciaba compulsivamente cuando se encontraba frente a un caso difícil o a una rubia de ojos claros. Aprendió el arte de la medicina de sus profesores franceses y la ciencia de cuenta propia. Todavía con desprevenidos bríos de juventud llegó a ejercer como profesor de la escuela de

medicina perseguido por el recuerdo imborrable de una gitana que conociera un día de descanso en una playa nudista mediterránea, quién ese mismo día, después de profetizarle por un dólar la muerte prematura burlado por el mejor de sus amigos, lo convenció sin costo adicional en el fragor de una ducha pública que la verdadera longevidad no se leía en la palma de la mano sino en la longitud de la uretra. Por eso Orestes nunca se preocupó por los años que le faltaban por vivir. No tenía duda de que serían muchos. Si sus cálculos y comparaciones eran correctos, más de doscientos. Pero a pesar de la pulcritud de sus deducciones la muerte lo sorprendió prematuramente a los cuarenta y cinco años turbado por haber mancillado su tradición en el campo de batalla donde por muchos años había apostado victorioso su honor.

Unos días antes de morir conoció el amor verdadero de su vida, cuyo recuerdo indeleble lo persiguió hasta el último suspiro. La conoció en una ronda matutina frente al lecho de un poeta esquizofrénico invadido por la tuberculosis. Allí, le pareció la mujer más hermosa del mundo. Sus ojos de globo semejaban dos gigantescas bolas de nubes blancas prisioneras en un lago de aguas de canela que se movían inquietas sin destino buscando refugio en suspiros entrecortados. Y hasta pudo sentir la fragancia natural de su piel acariciada por la brisa, con más intensidad que el olor de la tuberculosis. Tres días después estaban envueltos en un delirio pasional que compartía la inocencia del pudor de adolescente con el desenfreno del amor resucitado. Un romance repentino. En un extremo esquivo y en el otro desesperado. Ella era

estudiante de último año de medicina en internado rotatorio, él su profesor de turno en medicina interna. Circunstancia que a satisfacción de ambos propició con decoro una cita de estudio en el apartamento del doctor Trespalacios.

Isabel llegó impetuosa como una tormenta Caribe, con cinco minutos de adelanto y el libro equivocado. Antes de pasar a la biblioteca de ornamentación barroca se detuvieron a escuchar las cuatro estaciones en el sofá de la sala y a mirar una jaula de pájaros que el doctor Trespalacios conservaba desde su época de bachiller en el internado de las hermanas Anunciadoras de la Parusía, con la quinta generación de una pareja de pericos australianos que le regalaron dos meses antes de su primer viaje a París.

- Dicen que esos colores tan bellos son manchas del arco iris que le pintan las plumas cuando llueve - Isabel escuchaba atenta, poseída por una turbulencia desconocida dentro del pecho que reflejaba en el va y ven rítmico de los senos al compás de la respiración agitada.

- Cuando hacen el amor el pico se les torna rojo por la sangre atrapada que busca por donde salir - continuó Orestes inspirado.

Isabel, muda y con el corazón desbocado por la adrenalina no conseguía sosegar el huracán de su expectativa en los pericos dormidos cuyos colores apenas distinguía con la escasa luz del recinto. El doctor Trespalacios insistía con maestría:

- Dicen que la luna llena con la música de Vivaldi los hacen copular hasta morir exhaustos. Y que en época de calor se quitan el vestido de plumas para bañarse desnudos con el rocío de la mañana -.

Isabel, con sus secretos hábilmente humedecidos por la impaciencia propiciada sintió por primera vez en su vida que la sangre caliente le quería escapar por los poros de la cara.

- Además, cuando se bañan las plumas... –

- no puedo demorarme doctor - interrumpió Isabel - debo llegar a tiempo a la misa de siete. O me enseña ahora o lo dejamos para otro día -

Estupefacto por la claridad de la interrupción, el doctor Trespalcios solo atinó a pensar con sobresalto que le faltaba mucho por aprender de la vida. Aún conmovido decidió desatender sin cargos de conciencia las razones que le hicieran evadir la insinuación de la tierna Isabel, a pesar del convencimiento de que más que la pasión juvenil, era la inocencia confundida el origen de aquella invitación.

- ***Il va mieux d'être un vieux renard*** - le susurró con cadencia musical al oído. Y sin decir otra palabra acarició con su barba perfumada y el aliento tibio de macho en celo el cuello palpitante de Isabel hasta rozar con delicado acervo el nacimiento de los pezones.

Frente a la inminencia de su destino Maribel buscó protección a su dignidad en un recurso antiguo:

- ¿No cree que deberíamos conocernos más a fondo? – dijo -

¿Para qué? - respondió Orestes - si eres tan bella por fuera, ***et la leçon a eté appris*** - agregó.

Sin que cupiera otro argumento, Isabel, al no encontrar más armas que esgrimir en su defensa, supo que solo un capricho de la naturaleza podría salvarla del inminente abordaje. Y en efecto, a la hora de la verdad, dominado por la ansiedad el doctor Trespalcios se sintió desatendido y abandonado por su mayor orgullo, como no recordaba haberlo vivido nunca antes, aún en las circunstancias más difíciles en que requirió su asistencia. En ese instante pensó en la muerte como algo real. Y aunque veinte años antes no le pareció tan metafórica la predicción de la gitana, intuyó con acierto que la profecía se había cumplido al pie de la letra.

Las primeras manifestaciones de su estado de salud deteriorado se hicieron presentes en las siguientes veinticuatro horas después del fracaso vascular. Al principio la intranquilidad que le impedía conciliar con el sueño, luego la sensación de falta de aire y por último la escasez de la orina que siempre había tenido en abundancia. Tanta, que en época del verano Caribe le alcanzaba para abonar las hortalizas desde el caballete de su casa de campo en la playa de Isla

Fuerte. A pesar de las críticas inmisericordes de su insaciable círculo social, el doctor Trespalacios nunca ocultó la complacencia y el orgullo de padre satisfecho que experimentaba por su orina espumosa. Ahora enfermo recordaba con tristeza la época en que su grueso chorro golpeaba el agua del sanitario con un sonido reverberante de crepitos espumosos hasta llenar de burbujas ambarinas más de la mitad de la taza. Para Orestes la espuma era el reflejo fiel de su virilidad. Cuando comenzó a disminuir su producción de orina se preocupó más por la ausencia de burbujas en el retrete que por la hinchazón que comenzaba a subirle por las piernas. Sin más respaldo que el de su instinto ancestral atribuyó su mal a un simple exceso de actividad sexual, por lo que se recetó una tregua de treinta días, después de la cual supuso superado su problema. Pero antes de una semana debió reformular el diagnóstico y abandonar el tratamiento cuando la dificultad para respirar lo llevó de urgencia al hospital un viernes a las dos de la madrugada, ahogándose en sus propios fluidos y escupiendo saliva rosada espumosa.

Esteban fue avisado del caso varias horas después en el comedor, cuando fue a desayunar. El doctor Villamar, un anciano confundido y trasnochado por las dificultades, brillante exponente de la medicina de otros tiempos cuyo aspecto virginal evocaba alguna historia de Rafael Pombo, lo abordó antes de terminar mientras miraba absorto una taza con caldo de leche transparente añorando un sancocho de gallina correteada.

- En urgencias le tengo un paciente doctor, Llegó con *algo* de dificultad respiratoria y *algo* de desorientación. Me gustaría que lo viera temprano porque creo que está *algo* delicado -

- Ya es *algo* - respondió Esteban, con la ironía dosificada en una sonrisa discreta - pídele exámenes. Bajaré a verlo cuando termine la ronda del décimo piso -

- Es un tipo extraño - continuó el doctor Villamar - Llegó morado y agitado, hablando de gitanos, de flores escondidas y abandonos. Aunque está hinchado como un globo tiene *algo* distinguido en su aspecto. No parece el tipo de indigentes que llegan por acá. -

- ¿Cómo se llama? - preguntó el doctor Del Mar

- No lo ha dicho. Llegó en ropa interior, sin documentos. Lo trajo una mujerzuela que solo dijo: **“pobre hombre, ya se murió por dentro”** y se marchó. Pero debe ser paciente antiguo del hospital - agregó Villamar - en sus desvaríos menciona al décimo piso -

- Quizás sea conocido - agregó Esteban - trata de conseguir su historia antigua. Bajaré en cuanto pueda -

- ¿No toma caldo doctor? -

- No. Siga si gusta. Está intacto - respondió Esteban mientras hacía una venia de despedida.

- Gracias. Entonces nos vemos luego - concluyó el doctor Villamar iniciando con entusiasmo el caldo frío.

Al examinarlo, el doctor Villamar quedó estupefacto ante la formidable naturaleza del moribundo y lo anotó como dato sobresaliente del examen físico. - Debió vivir feliz – pensó - mientras la enfermera auxiliar trataba de rescatarlo del naufragio en que había quedado sumergido por una esplendorosa defecación involuntaria. - Son los preludios de la muerte - concluyó pesimista el doctor Villamar, pensando que precisamente ahora que estaba desahuciado y que no podía valerse por sí mismo era cuando tenía que bañarse con ayuda.

- Que desperdicio – pensó - y continuó en silencio con el examen físico. Turbada por el olor insoportable del excremento fresco, pero convencida de lo irrepitable de los milagros de la naturaleza, la enfermera auxiliar creyó reconocer algunas proporciones físicas del moribundo, a pesar de su apariencia modificada por el edema. El recuerdo erótico de una aventura de hospital la hizo estremecer. - ¿No serás tú Orestes? - Obedeciendo a un impulso quiso buscar la prueba irrefutable a su corazonada entre los glúteos del desconocido. El lunar peludo, distintivo de familia, que Orestes exhibía solo en momentos de intimidad. Pero el pudor profesional la detuvo el tiempo suficiente para que una nueva defecación la hiciera desistir definitivamente de su propósito, a pesar de seguir convencida de que la naturaleza no pudo

ser tan ingenua de repetir en otro mortal lo que había hecho con Orestes en un momento de distracción. El doctor Villamar sacó súbitamente a la auxiliar de su embeleso con una orden sugerida - ¿Será que lo baña mientras tomo un café? Avíseme cuando esté listo -

Orestes fue colocado en una mesa de cemento al lado de un leproso intoxicado. La humedad y el frío de la loza de baño le produjeron una fuerte contractura que le hizo crujir los huesos de la espalda. Sobre la loza, cuyo diseño remedaba un descuartizadero de ganado, había restos de sangre coagulada de un presidiario que ingreso muerto a la media noche. Había también restos de alimento recién vomitado en el piso y salpicadura de excremento en las paredes. En la atmósfera del pequeño cuarto se respiraba un intenso olor amoniacal que por adaptación y tolerancia olfativa nadie percibía. Al contacto con el chorro de agua fría la piel de Orestes comenzó a horadarse como una esponja, los ojos protruyeron en gesto agónico y la lengua se mostró morada y arrugada con aspecto de uva pasa. Precediendo al síncope fatal el apéndice viril del moribundo recobró vida, en respuesta al desafío de la manguera con que lo bañaban como caballo, y se irguió cual obelisco elevando un torrente de semen a alta presión cuya huella indeleble quedó impresa para la posteridad en el techo del cuarto de baño. Su débil corazón no soportó el colapso por la sangre atrapada en el palpitante obelisco y dejó de latir en medio de los vítores dedicados al artífice de su muerte exangüe.

El doctor Del Mar solo recordó hasta el medio día su compromiso con el doctor Villamar. La ronda se había extendido más de lo acostumbrado, en parte por el cansancio inusual que se apoderaba de Esteban Del Mar, en parte por la gravedad de los pacientes del décimo piso que debían morir con nota de su puño y letra en la historia clínica. Decidió bajar a urgencias después del almuerzo, pero el aviso anticipado del doctor Villamar le devolvió el tiempo suficiente para almorzar sin el acoso del deber.

- No baje - le dijo por teléfono - ya no está con nosotros. Se fue antes del desayuno. Cuando bajé ya se lo habían llevado - Le contó además que antes de llegar a la morgue aparecieron allegados que sin muchos trámites se hicieron cargo del muerto en menos tiempo que un muerto normal.

Después de la noticia el doctor Del Mar terminó su almuerzo sin sobresaltos. Más tarde, la puntualidad de sus reflejos intactos le obligó a acercarse al cuarto de descanso. Caída la tarde, en camino hacia el décimo piso, se detuvo un instante en el comedor de la azotea a contemplar con nostalgia el verde lejano de los cerros despoblados. Más acá, los canales de asfalto evadiendo edificios al oriente y entre ellos, hacia el sur, una caravana silenciosa envuelta en una nube de polen y flores frescas anunciando la partida de un desconocido.

## Capítulo **TERCERO**

Después de la novena deposición de la mañana, la única que alcanzó a hacer en el sanitario, Betuliano se sentó en el borde de la cama a mirar con desconsuelo las esquinas deslustradas del azafate metálico con el almuerzo intacto. A pesar de una semana de ayuno inquebrantable, interrumpido solo por el caldo diáfano de los medios días, seguía defecando con puntualidad imperturbable más de tres litros de agua fétida por día. Desde su ingreso al hospital había ido más de dos mil trescientas veces al sanitario obligado por un intestino desobediente que insistía en mantenerlo entre la cama y el retrete víctima de las diarreas inoportunas. Los primeros días fueron memorables para sus compañeros de habitación por la precipitud con que sus vísceras decidían evacuar en forma impredecible una incontenible avalancha de excremento que generalmente emergía en medio de una estruendosa explosión de gases reprimidos antes de llegar al baño, en medio de la alcoba. Al tercer día de quejas la enfermera jefe lo trasladó a una cama ubicada al lado del baño. Aunque la estrategia logró reducir el número de sus deposiciones públicas, había momentos de cansancio extremo en que Betuliano, entregado a los caprichos viscerales, se hacía cómplice de sus intestinos, y hacía notar su presencia protagonizando los primeros olores fuertes de la madrugada. Después de once meses de desobediencia intestinal había ido tantas veces al sanitario que podía

hacerlo a ciegas en medio de la oscuridad absoluta y hasta dormido, mientras soñaba que navegaba en un lago de orquídeas moradas adormecido por el perfume de gardenias y jazmines que flotaban a su alrededor. Al lado izquierdo de la cama, sobre la mesa de noche, guardaba un cerdo de arcilla insaciable con una ranura en el lomo que usaba como alcancía para el dinero de las donaciones que todo aquel que se acercara a verlo estaba obligado a dejar sobre la mesa. Sin estar escrito, su obligatoriedad se había instituido a semejanza de un impuesto de peaje que Betuliano cobraba magistralmente con arte y diplomacia envidiable ayudada por su profunda mirada de inocencia. Los médicos optaron por examinarlo una sola vez al día, de ser posible mientras dormía, para evadir sin remordimientos el impuesto de acercamiento que los tenía desesperados y al borde de la quiebra. El cerdo sería sacrificado cuando estuviera lleno, para ayudar a pagar la cuenta del hospital.

No hubo necesidad de presentar su caso en la ronda del sábado. Todos lo conocían en detalle. Además, solo el doctor Del Mar y un médico interno hicieron la ronda de ese día. Betuliano había llegado al hospital un año antes, procedente de un caserío de la cordillera en donde no conocían la lluvia porque vivían por encima de las nubes, allí criaba cerdos con un tío paterno, el único pariente vivo que conocía. El resto de su familia había muerto víctima de la cisticercosis cerebral en medio de convulsiones dignas de la posesión por el más terco de los demonios. En veinte días cumpliría un año de estar hospitalizado. En ese tiempo su mayor preocupación dejó de ser el número de

deposiciones diarias y paso a ser su compañero de habitación, quién en una noche de insomnio se hizo cómplice no gratuito de su más grande secreto. Había llegado a la misma habitación de Betuliano hacía tan solo una semana a ocupar una de las camas de la esquina al lado de la ventana, ciego de profesión tenía un puesto de limosnas en la plaza de los próceres y otro frente a la entrada principal del hospital. En época de escasez alternaba su oficio viajando los fines de semana al sur de Bolívar en donde trabajaba como paralítico. Desde hacía dos meses no trabajaba, obligado al reposo absoluto por un corazón gigante y agotado que casi no le cabía dentro del pecho. Tenía prohibida la actividad física. Se descompensaba con el esfuerzo para cepillarse los dientes y hasta con los sueños de la madrugada. El mismo día de su llegada debió ser trasladado a una cama al lado de Betuliano para estar más cerca del único dispensador de oxígeno de la habitación. Allí comenzó su amistad, atizada por la complicidad del secreto compartido. En medio de respiraciones profundas y burbujeantes agravadas por la desesperanza pudo darse cuenta, cuando los demás dormían, que Betuliano levantaba el cerdo de arcilla con habilidad de carterista experimentado, sin hacer ruido, para sacarle por un agujero de la parte inferior el dinero recaudado durante el día. Turbado por la falta de oxígeno, pero con la suficiente lucidez para luchar por la vida, el nuevo compañero de infortunio vio en Betuliano una tabla de salvación.

- El treinta por ciento - le dijo al despertar por la mañana - ni un peso menos, más esta fórmula - y le extendió un formulario médico

arrugado, con huellas evidentes de haber sido mojado y secado varias veces, fechado dos meses antes con una lista de medicamentos cuyos precios, anotados al lado de la dosis, resultaban inalcanzables a su pobreza y de paso esquivos a la caridad pública.

- Y no es chantaje - agregó - o transamos, o te tumbo el negocio en plena ronda –

Betuliano, presionado por la cercanía de la ronda no tuvo otra alternativa que aceptar las condiciones del trueque.

- pero solo por el valor de la fórmula - dijo - del treinta por ciento te toca despedirte si no quieres quedarte sin trabajo cuando salgas ¡ciego! -

Cuando la ronda entró en la habitación de Betuliano el doctor Del Mar sudaba copiosamente, jadeante daba muestras de un cansancio inusual. Luchaba por mantenerse en pie. Betuliano lo notó demacrado y con la atención distraída. Sin embargo su aspecto le pareció normal después de veinticuatro horas de trabajo continuo. Los ojos hundidos, la mirada pérdida y la espalda curvada por la fatiga eran rasgos habituales del residente que Betuliano aprendió a reconocer desde su primer día de hospitalizado. *Son de fiar* - pensó entonces – *Deben tener algo de tontos para soportar tanto abuso.* Desde entonces concibió a los residentes como almas de Dios caídas en desgracia; trabajando de sol a sol, estudiado dormidos y recibiendo como pago el

reclamo altanero por las cosas que dejaron de hacer. *Si la ingenuidad tiene cara, debe ser cara de residente* - pensaba.

A pesar de la confianza construida durante varios meses de saludos diarios, Betuliano no pudo superar el temor natural que se tiene a los médicos para preguntarle el motivo de su apariencia marchita. Prefirió esperar a que el doctor Del Mar iniciara la conversación. Pero antes de abrir la boca, sin haber pronunciado el saludo de rigor, lo vio correr pálido hacia el balcón, dejando un rastro helado de sudor repentino. Creyó por un instante que se quedaba sin médico. Lo vio vomitar de una arcada profunda y prolongada lo que parecía ser un desayuno mal digerido. Estupefacto no alcanzó a ubicarse entre la compasión o el desconcierto para definir su deseo de ayudarlo.

- ¿Qué le sucede doctor? - preguntó entonces - desde anoche lo noto triste y de mal color –

A pesar de su ignorancia catastrófica en asuntos de medicina, Betuliano sabía que los médicos no se enferman de cosas sencillas si no de las más graves y que cuando se enferman delante de la gente es porque no les queda más remedio.

- Me siento mal Betuliano, pero hasta el martes no podré enfermarme - respondió el doctor Del Mar.

Por su intuición de indio de la cordillera, Betualiano sabía desde hacía varios días que algo no le funcionaba bien a su médico. El día anterior lo había visto esquivando la compañía ofrecida por Maruja, lo que sin duda era signo de enfermedad grave en el doctor Del Mar. También se percató de sus ojos trasnochados y del humor alterado. *Menos mal que es médico, así podrá curarse él mismo* - pensó.

- Hasta el martes tampoco sabré que tengo - agregó Esteban - pero debe ser grave porque anoche se me dio por confesarme -

Los vómitos y la fiebre no lo habían dejado dormir la noche anterior por lo que se refugió en la oficina de residentes huyendo de los malos aires. Contrariado por el malestar recordó al Padre Artemio deseando con vehemencia tenerlo a su lado. Pero este había salido desde temprano a atender moribundos a domicilio, cuyas credenciales de salvación habían sido postergadas desde la semana anterior por otros compromisos sacramentales. No regresaría hasta el lunes, porque los domingos oficiaba misas privadas para su sostenimiento personal. Ante la carencia de asistencia espiritual decidió ocupar su atención en el computador para comunicarse por internet con algún residente solitario en otro sitio del mundo. Una feliz coincidencia, que por escaso margen califica para milagro, lo comunicó sin proponérselo con el Vaticano en un programa especial de servicios religiosos en promoción, cuyo menú incluía misas cantadas, oración por los muertos, bautizos electrónicos con certificación a vuelta de correo, matrimonios de urgencia y servicio de confesionario las veinticuatro horas del día:

**“PLEASE CHOOSE YOUR NATIVE LANGUAGE...ENGLISH...FRENCH...SPANISH...”**

**“POR FAVOR ESCOJA EL SERVICIO QUE NECESITA “**

**“POR FAVOR ESCOJA SU PECADO: SEXO, DROGAS... “**

- Hermoso - pensó Esteban - esto sí es pensar en la gente, debió ser inspiración divina –

**“POR FAVOR ESPERE POR SU ABSOLUCIÓN Y PENITENCIA, PERO ANTES INGRESE SU NÚMERO DE TARJETA DE CRÉDITO PARA PAGAR EL SERVICIO... US \$ 10.00”**

- Debí suponerlo - reconsideró Esteban - de todas maneras tendré que esperar al padre Artemio, Ojala la intención haya servido de algo -

Betuliano interrumpió su recuerdo con una pregunta inocente que lo regresó a los pecados cotidianos del décimo piso. - ¿No será mal de amores doctor?. Esos síntomas los conozco bien, al principio se quitan las ganas de dormir y aparecen ojeras, se pierde el apetito y comienza a vomitar lo que no ha comido. Si se deja avanzar la enfermedad aparecen diarrea y palpitaciones, y al final, con medicina o sin ella, termina uno volviéndose medio pendejo para morir bobo pero contento. Claro - reflexionó Betuliano a modo de desagravio - se nota que no es su caso –

- O tal vez sí - respondió Esteban con el humor rescatado - no sé qué pensar, los males del alma son un misterio aún para los médicos. Son

un terreno inexplorado que me recuerda que debo atender a Maruja cuando termine contigo. Gracias por preocuparte, pero primero a lo que vine. ¿Cómo te has sentido? –

- Mejor doctor, se me debe estar acabando la reserva de mierda. Ayer fui al baño quince veces, hoy sólo nueve y la mitad fueron gases –

- Sin duda es un avance - respondió el doctor Del Mar - Nunca he podido explicarme de donde te ha salido tanta mierda este año, si apenas comes para no morirte de hambre –

Lo miró con ternura y lastima pensando en lo que aún le faltaba por evacuar hasta que descubrieran el remedio para su enfermedad. Desenrolló ante sus ojos, ocultando la complacencia de una amenaza prepotente, una manguera plástica que Betuliano vio como una serpiente dispuesta a morderlo en el primer descuido. La puso frente a su cara y ordenó con la firmeza que da el convencimiento de estar castigando con buena intención: - ¡Traga! -.

El doctor Amancio Nobles, jefe de gastroenterología del hospital, se había interesado en el caso al punto de comandar personalmente el abordaje clínico de Betuliano, que había dejado de ser un reto diagnóstico para convertirse en una obsesión académica. - *Cuestión de honor* - decía. Que ponía a prueba su habilidad y experiencia y que según su opinión podría crear dudas en el ocaso de su carrera sobre los méritos de su prestigio. Como buen maestro siempre se preocupó

por sembrar en sus alumnos el convencimiento de que la mejor medicina se ejerce con los cinco sentidos sin intermediarios, comandados por un cerebro que piense. Oliendo, tocando, observando con perspicacia y hasta degustando algunos fluidos corporales era capaz de saber el oficio, la edad, el estado civil, el diagnóstico y hasta las veces que había estado preso el enfermo, a veces con solo verlo entrar al consultorio. - Una buena endoscopia comienza detrás de la retina - repetía diariamente a sus alumnos. Ante Betuliano la inescrutable sapiencia de la naturaleza lo mantuvo como testigo impotente durante más de un año de la cantidad de excremento más grande que pudo ver en toda su vida producida por una sola persona. Comparable a la de todo un batallón intoxicado que atendió en sus años de residente en el Hospital Militar de la Capital. El diagnóstico le fue esquivo por varios meses más de los permitidos por la ciencia, más por la carencia de recursos en el hospital y la pobreza de Betuliano que por falta de conocimiento científico. Llegó a la ronda cuando Esteban Del Mar trataba de convencer a Betuliano que se tragará la manguera de metro y medio de largo con un condón y un pistón metálico de resorte en la punta, para hacerle una biopsia intestinal. La presencia del doctor Nobles bastó para desequilibrar la lucha. Sin mayor esfuerzo Betuliano se tragó la manguera que semejaba un espagueti gigante mal cocido colgándole en la boca. Al terminar el procedimiento la atención del profesor se detuvo en el aspecto del residente.

- Pareces venido de la guerra muchacho, ¿qué te sucede? -

- Será el trasnocho doctor. Ese es mi enemigo por estos días - respondió Esteban.

- Cuídate, parece que vas perdiendo - agregó el maestro.

El viejo y experimentado profesor no quedó satisfecho con la explicación de Esteban. Había visto muchos trasnochos en su vida. Ninguno con ojeras tan grandes y palidez tan intensa. Pero la magnitud de su preocupación solo alcanzó para darle a Esteban una palmada en el hombro y encargarle un trabajo adicional. Antes de despedirse lo llamo a la estación de enfermería, fuera del alcance de los olores de Betuliano, y le contó el motivo de su desacostumbrada visita en la ronda del sábado.

- Debo viajar hoy - comenzó diciendo - y tengo una cliente hospitalizada que deseo recomendarte para que la atiendas el fin de semana. Pero arréglate un poco antes de ir y me informas el martes - Se despidió dejándole instrucciones precisas sobre los cuidados que debía ofrecer a su cliente, incluyendo la complacencia de algún capricho intrascendente de sus acompañantes.

La ronda del sábado terminó antes del medio día. Clausurada por la décima deposición de Betuliano que incluyó manguera, condón y pistón. Después del almuerzo al doctor Del Mar no se le volvió a ver en el décimo piso.

En la tarde se dedicó por completo a una lucha sin cuartel contra su estómago. Antes de terminarlo supo que el almuerzo no le haría bien. No alcanzó a levantarse de la mesa cuando se sintió recorrido por el quinto frío que lo volvió a estremecer desde lo recóndito envolviéndolo en fragancia de gardenias y jazmines morados antes que pudiera evitarlo. Nuevamente una revista médica especializada que tenía a la mano fue la confidente muda de sus calamidades. Las ráfagas de frío lo recorrieron todo de arriba a abajo y de adentro hacia afuera obligándolo a pasar inmensos tragos de saliva delgada que le inundaban la boca con cada protesta visceral. Varias veces intentó separarse del evacuatorio sin lograrlo, hasta que estuvo seguro de no correr el riesgo de un accidente. Tuvo miedo de morir sin darse cuenta si se acostaba, por eso se mantuvo caminando dentro del cuarto. Desnudo, para evitar contratiempos. Esa tarde no pudo atender los enfermos a su cargo, lo que agregó una insatisfacción más a su malestar. Dio instrucciones al médico interno que lo acompañaba para que le avisara en caso de presentarse una complicación que ameritara su presencia y siguió deambulando sin rumbo dentro de la habitación en espera de un nuevo escalofrío que hiciera florecer con precipitud las gardenias adormecidas. A las cinco de la tarde, con el reflejo de los arboles en la retina, recordó con sobresalto un compromiso olvidado.

- ¡Mierda! - exclamó - la vieja del profe -

Se levantó de un salto. Acomodo el pantalón y el interior de un solo movimiento, ajustó el cinturón y salió disparado para el sexto piso donde lo esperaba con la indiferencia de los enfermos graves la recomendada de su profesor. En el ascensor cayó en cuenta que estaba despeinado y la barba le había crecido en pocas horas más de lo habitual, le restó importancia al detalle asumiendo que su cliente de ocasión estaría demasiado ocupada luchando con sus calamidades para atender al aspecto de un residente desconocido. A pesar de la serenidad fraguada en sus dos primeros años de residencia, lo incomodaba pensar que los muertos del sexto piso eran diferentes a los del décimo por algo más que una misa cantada y un entierro de primera.

## Capítulo CUARTO

Un rayo de sol de color intenso, dorado, se filtraba entre las persianas incompletas de la ventana, entraba como un bloque de luz rectangular en la parte alta y en forma de lámina por la rendija inferior. Reflejado en el rostro de Teotiste le hacía parecer más joven, quitándole con su bronceado mágico varios años a su apariencia marchita. Teotiste permanecía indiferente mientras el sol caminaba por su piel hasta agotar el espacio de la ventana. Tenía una palidez intensa, casi premonitoria que escapaba a los colores del atardecer. A pesar de sus años de infortunio, invertidos en una lucha sin cuartel contra los males del cuerpo, no mostraba en su rostro de porcelana transparente surcos que revelaran el paso del tiempo. El silencio de su agonía irremediable ocupaba el recinto con aires de mal presagio. En la profundidad de un sillón alargado recostado a la pared esperaban ansiosas el desenlace de la historia dos jóvenes hermanas, sobrinas de Teotiste. La mayor acariciaba con sus atributos la omnipotencia de los veintiún años. La menor no llegaba a los dieciocho, pero acariciaba una autoridad igual a la de la hermana con la ventaja de la mansedumbre ignota. Ambas con la ilusión de un porvenir sin dificultades. La habitación estaba adornada con rostros en cerámica de payasos tristes colgados en las paredes y perfumada por flores frescas que las sobrinas cambiaban diariamente como testimonio fehaciente de interés en su recuperación y como

prueba irrefutable de amor que hiciera menos condenable la lucha por su fortuna.

Esteban Del Mar llegó al piso impregnado aún por el olor de Betuliano, perseguido por un hedor amoniacal que parecía salir de sí mismo, cuya presencia percibió al salir de su habitación en busca de Teotiste para cumplir una promesa de discípulo obediente. En el ascensor la sensación vergonzosa de ser el artífice de los aromas, lo obligó a revisar la suela de sus zapatos sin encontrar lo que buscaba. Se sintió mejor pensando que eran los olores propios de la absolución que tal vez le había llegado al buzón de internet en la oficina de residentes como respuesta gratuita y misericordiosa a su clamor de enfermo en pecado sin garantía oficial de vida eterna. La de Teotiste era la cuarta habitación de su ronda de ese día y el primer cliente que visitaba en calidad de pensionado. Al entrar, reconoció de inmediato el olor de las orquídeas moradas que por un instante lo hizo sentirse flotando en un lago ajeno.

- Ahora si - pensó - llegué a donde iba -

Caminó en silencio hasta el lado derecho de la cama. Tan distraído que entró sin saludar. Tocó suavemente la frente de Teotiste con el dorso de su mano izquierda, sudaba copiosamente y yacía boca arriba en el lecho, con respiraciones profundas y ruidosas.

- Arde en fiebre - exclamó

Y continuó en silencio con la mística ceremonia del examen médico. Le abrió los párpados e iluminó sus ojos negros con una linterna de bolsillo. Apretó los labios en actitud pesimista. Con aparatos y movimientos llenos de magia continuó examinando. La enferma permanecía indiferente, participando callada en el ritual. Flácida, sin opiniones, sin contradicciones, solamente viva, pero con un protagonismo de muerto que no dejaba la menor duda sobre su futuro. Exagerando su pudor apartó con delicadeza los colgajos de piel redundante para exhibir la de grasa que sobraba a la obesa corpulencia de Teotiste, levantó el seno izquierdo y colocó debajo del pliegue la campana del fonendoscopio. Acto seguido aplicó el aparato en todos los rincones del pecho y la espalda con arte ceremonial, tratando de escuchar algo que no fueran burbujas al reventarse.

- Tiene exceso de liquido en los pulmones - agregó - está en edema pulmonar -

- ¿es eso grave doctor? - preguntó la mayor de las sobrinas.

En ese momento Esteban cayó en la cuenta que habían estado hablando desde que entró a la habitación, pero solo ahora escuchaba lo que decían.

- Evidentemente - respondió - y más en ella que es diabética -

- yo se lo advertí - dijo una de las sobrinas - pero es más terca que una mula, siempre hace lo que le da la gana, ¡más cuando hay quien la ayude! - sentenció mirando a su hermana que no se sintió aludida. Esteban escuchaba atento sin opinar.

Teotiste vivía con sus dos sobrinas en un barrio de clase media de la ciudad desde que sus hijos marcharon al exterior dieciocho años antes. Toda su fortuna la había atesorado en una fábrica de cerámicas que construyó desde adolescente oponiéndose a grandes dificultades. Su reputación era la de hacer los payasos más tristes del mundo. Tan tristes que la hacían llorar cuando los miraba de frente. A veces los rehuía porque le reprochaban cosas con la mirada. Jamás gastó un peso en algo que no tuviera que ver con la comida. Nadie sabía donde guardaba el dinero que ganaba, que evidentemente no gastaba. Pero sus sobrinas suponían que estaba escondido en algún lugar de la casa porque Teotiste desde hacia dieciocho años, cuando se marcharon sus hijos, no salía de ella. Con virtuosismo la sobrina menor entendió desde el principio la gula de Teotiste como una forma de reclamar los afectos perdidos. Por este convencimiento, para muchos descabellado, su actitud con la tía se mantuvo permisiva a la hora de las prohibiciones, escondiendo los alimentos en el sitio exacto donde sabía que los encontraría a pesar de su visión desmejorada por la diabetes. Sin inquietarse por las acusaciones de la hermana, Edith escuchaba atenta las confidencias sin quitarle la vista de encima a Esteban quien a pesar del cansancio exhibido y el malestar que lo inundaba, seguía amparado por la magia de los médicos para las

mujeres. Según la sobrina los problemas serios de Teotiste habían comenzado dos años antes, Desde entonces solo había tenido quince días de tregua con la salud cuando creyó confundida que el amor la había llamado de nuevo. Pero doce horas antes de agravarse, a sus cincuenta y dos años, había tomado la última decisión importante de su vida impulsada por el desengaño. Entonces, igual que hacía dos años, decidió de nuevo soportar los quebrantos de salud por el tiempo que le quedara de vida. Al cumplir los cincuenta años se enemistó con todas las recomendaciones que había guardado para mantener una salud aceptable. Se hizo célebre desatendiendo las indicaciones médicas que más le parecían un castigo ultra terreno que una recomendación saludable. Impuso su ley en contra de la medicina y de todos los médicos del mundo. No volvió a levantarse de madrugada oculta en la penumbra a buscar los bocadillos de guayaba y los chocolates escondidos en un rincón de la nevera detrás de las cubetas de las verduras. Lo hizo a plena luz del día, delante de todos en la casa, incluyendo al médico si se presentaba, a quien tuvo engañado con negativas rotundas y argumentos contundentes por más de veinte años. Por aquellos días, para celebrar los cincuenta años, recobro su don de mando en la cocina y como en los viejos tiempos supervisó sin olvidos ni equivocaciones toda la actividad culinaria de la casa, como si nunca hubiera dejado de hacerlo. Volvieron a habitar en la casa los aromas inconfundibles del dulce de *mongo-mongo* y del sancocho de gallina con arroz de coco, como era de esperarse por respeto a sus ancestros caribeños. Entendió sin remordimientos desde un principio que su apetito de jornalero la llevaría a la tumba antes de lo previsto,

no le importó un céntimo que el psiquiatra la calificara de neurótica compulsiva y suicida. Y cuando escuchó rumores de que sus sobrinas se reunían en secreto para buscarle albergue en un asilo amenazó con suicidarse de una forma más vergonzosa si no la dejaban hacer su voluntad. Fueron muchos los intentos para hacerla entrar en razón. Todos fallidos. Probaron con la psicoterapia individual y de grupo, los consejos médicos, las visitas domiciliarias de la sociedad de diabéticos, los castigos divinos ortodoxos y las oraciones colectivas protestantes. Combinaron las artes espiritistas con los medicamentos de moda, incluyendo las terapias naturistas a base de hierbas exóticas. Pero Teotiste seguía comiendo sin control hasta que no podía más y explotaba en vomito como un volcán en erupción antes de quedarse dormida. Justo cuando todos habían desistido de imponerle por la fuerza los castigos dietarios que la ciencia recomendaba, considerando perdida la batalla contra lo único que parecía tener más grande que el apetito: la terquedad, apareció como enviado de Dios el doctor Avelino Cervantes, entrenado por los años más que por los libros, cuya ciencia abandonó un día junto a su jubilación en un consultorio de hospital por defender su intuición en frente de la muerte. Se presentó esgrimiendo un arma infalible que compró en la tienda de la esquina al salir del consultorio. Lo único según él, que podría curarle a Teotiste los males del alma y los del cuerpo. Un arma terapéutica que solo debía usarse como último recurso ante el fracaso de otros tratamientos, para conservar sin deterioro su misterioso poder. Le llevó una caja de chocolates extranjeros rellenos con dulce de leche y jaleas mezcladas con esencia de frutas, acompañados de una fórmula médica que

recomendaba su consumo obligatorio cada seis horas por el resto de su vida. Ante el asombro de todos, tuvieron un efecto milagroso sin llegar a probarlos. Fiel a su juramento de no aceptar nada que fuera formulado por un médico, Teotiste ordenó retirar todos los dulces de la casa, incluyendo las frutas del Caribe y los cocos de agua. Pero su matrimonio con el sano apetito solo duró dos semanas, cuando supo que los dulces del doctor Cervantes no habían sido formulados por impulso de su corazón, sino por la psicología de su ciencia. Su desilusión la condujo de nuevo al suicidio programado. En un día se comió lo que había rechazado en los quince de abstinencia. Doce horas después concilió con un sueño profundo de respiraciones angustiosas del que no mejoraba a pesar de las buenas intenciones de sus sobrinas, de las enfermeras, de los médicos de planta y del doctor Del Mar quien además de su aporte científico se propuso explicar a la sobrina menor, en horario adicional, los cuidados que debía prodigar a su tía para una pronta mejoría.

Ahora Teotiste estaba medio muerta, custodiada por un residente extenuado y enfermo que con dificultad podía mantenerse en pie y dos sobrinas esperanzadas en salir de la pobreza con ayuda de la voluntad de Dios. Su futuro estaba escrito. Además de la incuestionable intervención de la voluntad divina, la suerte tampoco estaba del lado de Teotiste. A su ingreso le asignaron una de las habitaciones cuyo mantenimiento era víctima del presupuesto agotado desde hacía dos años; la cabecera de la cama no inclinaba y el dispensador de oxígeno estaba obstruido por falta de uso. Era evidente, Dios la quería consigo.

Toda su vida Esteban Del Mar se esforzó por ser un hombre ejemplar. A sus colegas mostró la imagen de académico brillante. Quienes poco lo conocían pudieron verlo como un pueblerino con suerte, o quizás como un escéptico intransigente y arrogante. Para sus amigos, un luchador incansable a quien Dios le dio al nacer los argumentos suficientes para ser feliz y dormir sin preocupaciones: inteligencia y salud de animal de carga. Para Hortensia, el artífice de su felicidad y sus dolores. Para las sobrinas de Teotiste, el alquimista de su fortuna o su desdicha. Y para Teotiste, por quien estaría estudiando esa noche hasta las dos de la madrugada, su existencia no tenía significado. Aunque Esteban siempre alimentó inmensas dudas alrededor de lo sobrenatural, ahora fantaseaba en devolverle la salud a Teotiste con el poder de una orden sobrenatural, convencido de que el empirismo del amor no tenía nada que envidiarle al de la ciencia.

- *Solo un milagro podrá salvarla* - había dicho a la sobrina menor como introducción al curso intensivo sobre diabetes que inició al terminar la visita, en la oficina de residentes del décimo piso. Después de dos horas de conversación didáctica sobre la diabetes y el amor llegaron a la conclusión de que había cosas más interesantes de que hablar que de las calamidades de los moribundos, razón suficiente para confesar mutuamente lo único que tuvieron claro desde el principio: allí no estaban para hablar de diabetes. Coincidieron sin palabras en el encanto de un beso tímido y puntual, seguido de uno agitado y voraz que los condujo sin tardanzas a la sinfonía inconclusa de un orgasmo precipitado que no satisfizo las pretensiones.

- Siempre es así la primera vez - justificó Esteban

- diría que es la falta de costumbre - agregó la sobrina de Teotiste.

Influenciado por las explicaciones que le había dado sobre las consecuencias de la diabetes en el amor, Esteban se sintió asediado por el demonio de la monoplejía masculina. Y aunque se preocupó por instinto, asimiló sin complejos el fracaso explicándolo por el cansancio. Las palabras de la muchacha terminaron de devolverle la confianza:

- otra vez será - le dijo. Lo vio tan cansado que decidió dar por terminadas las lecciones de diabetes de ese día. No hizo comentarios adicionales, pero le pareció desproporcionada la fatiga exhibida por Esteban con relación al esfuerzo gastado. Se despidió con un beso consolador llevándose engreída el trofeo de la victoria. A pesar del triunfo conseguido, una extraña sensación de insatisfacción le quedó hirviendo en el pensamiento hasta las dos de la madrugada, cuando buscó nuevamente a Esteban con la insatisfacción convertida en reproches de conciencia. Llegó corriendo con los ojos desbordados en lágrimas a la oficina del décimo piso, en una crisis de llanto que se hacía más notoria cuando alguien se acercaba. Al verla, el Doctor Del Mar desatendió la lectura y dedicó su esfuerzo a interpretar con urgencia su dolor. Le ofreció sin preguntas un abrazo solidario que fue aceptado sin titubeos. En actitud compasiva le secó las lágrimas con los pulgares y le sostuvo las mejillas para mirarla de frente. Con palabras recicladas pero sinceras se anticipó al anuncio de su sollozo

- *era inevitable* - murmuró - *Dios sabe lo que hace* -

A pesar del abrazo fraternal y la absolución de la ciencia representada por Esteban, la niña no pudo deshacerse del sentimiento de culpa. Se sintió acusada por el lastre moral de todas sus aventuras de amor.

- por andar en lo que no debía - se reprochó -

- Quien anduvo en lo que no debía fue tu tía - corrigió Esteban - con apetito de residente y terquedad de docente cincuentón. Ella es la única responsable de su tragedia - puntualizó.

Guardó los libros que estaba utilizando en el armario de las revistas, al lado de la colección del ***New England Journal of Medicine*** que tantos recuerdos agradables le evocaba. La tomó de la mano y a paso rápido bajaron en silencio por la escalera hasta el sexto piso. Al llegar, Teotiste estaba helada pero aún con mangueras y cables conectados, con un tubo de treinta centímetros lleno de espuma que salía de sus pulmones por la boca. Indefensa, sin oponer resistencia y sin poder opinar, recibiendo golpes en el pecho que un médico interno confundido pero feliz le propinaba con fuerza contra la cama sintiéndose realizado. Sin advertir la presencia de los recién llegados el joven médico siguió sin interrupciones, paso a paso, con el protocolo que la ciencia le recomendaba para rescatar a los vivos de la muerte y entregárselos muertos a la vida. Ordenaba ampollas para despertar el

corazón por cualquier manguera que Teotiste tuviera conectada e insuflaba aire a los pulmones exprimiendo una bolsa plástica conectada al tubo que salía de su boca. Encaramado sobre la cama y con los brazos rectos, apoyaba las palmas de sus manos una sobre otra en el pecho de Teotiste y presionaba con fuerza contra el colchón como si quisiera hundirla hasta el suelo. Cada seis sacudidas en el pecho ordenaba dos soplos de la bolsa, y cada vez que recordaba abría los ojos de la muerta y los iluminaba con una linterna diminuta de luz blanca. Y arrancaba de nuevo con los golpes en el pecho, las ampollas, la bolsa y la linterna. Después de veinte minutos estériles el doctor Del Mar ordenó la retirada.

- perdimos - dijo dirigiéndose al joven médico - es hora de que ambos descansen - *en realidad nunca hemos ganado* - pensó - *solo aplazamos la derrota.*

Se retiró en silencio a su refugio después de consolar a las dolientes, con el estómago más confundido que cuando terminó de almorzar y la fiebre reiniciada recordando el amor inconcluso de la sobrina recién enlutada y las palabras de un maestro de juventud: ***“en ocasiones actúa mejor un dulce formulado por el corazón que un medicamento indicado por la razón “.***

## Capítulo QUINTO

Nadie conoció su verdadera edad mientras permaneció en el hospital. El doctor Del Mar la conocía medianamente por haberla heredado como paciente de su residente mayor al encargarse de las salas de clínica general. Una de las pocas cosas que se sabía de ella con certeza inequívoca era que desde la adolescencia empezó a manifestar una extraña forma de locura intermitente que los médicos de la época interpretaron como misterios propios de su linaje, que le daban un toque distinguido en su círculo social. Su verdadero nombre tampoco se supo. Ingresó inmersa en el mundo de sus fantasías reprimidas. Asediada por un ejército de fantasmas que insistían en tocarla a pesar de la violencia con que lanzaba golpes al aire, profiriendo obscenidades y solicitando con urgencia impostergable la satisfacción inmediata de una frigidez incurable de varios años de evolución y múltiples terapias postergadas. Su docilidad de mujer grácil, de ademanes finos y maneras elegantes, concluía en crisis de rabia desbocada de las que nadie salía bien librado. Profería gritos de espanto y carcajadas estrambóticas que los gatos de la noche coreaban frenéticos hasta la madrugada cuando claudicaban exhaustos. Al tercer día de hospitalizada, desde el polo opuesto de su delirio, intentó suicidarse víctima de la depresión. Una sobre dosis de medicamentos para dormir la mantuvo sin voluntad para respirar durante dos días, conectada a un fuelle que le inyectaba aire en los

pulmones mientras dormía profundamente soñando con flores frescas y mariposas muertas. Minutos antes de perderse en el sueño provocado alcanzó a arrepentirse de su pecado. El padre Artemio, capellán vitalicio del hospital, pudo confesarla y absolverla de pecados mayúsculos que en boca de alguien tan común le parecieron más incoherencias de moribundo. Ante la inminencia de una muerte repentina decidió asegurar su alma en las filas del creador bautizándola con agua del lavamanos que alcanzó a bendecir para la ocasión y con el primer nombre que encontró en su escaso repertorio de parroquiano senil

- ¡Maruja! - inició con solemnidad - yo te bautizo en el nombre... -

Una semana más tarde, en contra del pronóstico médico, estaba de nuevo agitada transitando las fronteras de la psicosis, recitando versículos bíblicos en los pasillos del hospital. Con ímpetus renovados deshacía reuniones importantes e interrumpía las rondas médicas armada con un entusiasmo infantil de contagio casi inevitable. Sus desvaríos se encendían de manera impredecible, avivados igual por las nostalgias de los atardeceres que por las tempestades de la noche, o por el hielo de las madrugadas o las lunas preñadas en crepúsculos hostiles. Por influencia de alguien cuya identidad permaneció oculta, pudo quedarse en el hospital por varios años asegurando su estancia con un convenio que permitía desempeñarse como asistente de servicios generales y mensajera en los momentos de máxima lucidez, o como paciente psiquiátrica el resto del tiempo. En pocos días dejó

de ser una simple loca recomendada para convertirse en el personaje central del décimo piso. A pesar de sus disparates públicos, agravados por un singular estilo protagónico, supo ganarse la simpatía de los médicos que la rodeaban explicando en momentos de claridad que se equivocaba de buena fe. Como siempre lo había hecho desde adolescente.

A pesar del empeño apostado en su juventud, Maruja desarrollo su vida desde un depósito interno de dudas que nunca pudo agotar. Con la abstinencia perpetua como insignia, justificándose con la prudencia, el buen nombre y la moral de salvación como paradigmas inamovibles de garantía póstuma para la felicidad eterna. Desde que comenzó a tener recuerdos sus actos fueron regidos por el aplazamiento. Pospuso no se sabe por cuánto tiempo su primer beso de amor, aplazó para cuando el amor se hiciera de otra manera su primera cita a solas con un hombre, siempre tuvo una excusa para no bailar en público hasta cumplidos los cuarenta años, y aplazó por convicción sus intenciones de amor para cuando no le produjeran reproches. Pero lo único que a pesar de haberlo intentado en un sitio sagrado no pudo postergar, fue la urgencia de su primer monólogo amoroso.

Después de muchos propósitos maltrechos, convencida de que los años le habían tomado ventaja, concluyó a su manera que las tardanzas en la vida solo le habían servido para desperdiciar las intenciones. Certidumbre que la alejó cada vez más de su quimérico anhelo de disfrutar uno por uno, cuando el consentimiento divino lo

permitiera, de los placeres terrenos que se había negado en lo que llevaba de vida. Pero lo que determinó desde un principio su fracaso como ser perpetuable fue el ingreso temprano, en medio de las luchas hormonales, a la sociedad de mujeres inmaculadas lo que significó el golpe definitivo a sus fantasías femeninas. La entrada a su nuevo círculo implicaba la aceptación de que ya no habría consuelo a su infortunio, ni remedios caseros a sus necesidades inoportunas. Los estatutos la comprometían a permanecer invicta por el resto de su vida. Aunque no estaba segura de lograrlo debía esforzarse por sepultar en su pasado el recuerdo inquietante de los extravagantes monólogos amorosos que armaba con pedazos de ideas inaceptablemente sórdidas en un rincón de su habitación en la casa paterna. Sucumbir a las tentaciones del amor, incluyendo el ofrecido por la santidad ministerial, sería algo incuestionablemente vergonzoso para ella y su distinguida familia. Sin embargo trató de sobrellevar con estoicismo el lastre de sus convicciones tratando de encontrar un camino en medio de oraciones y arrepentimientos, aun por cosas sobre las que no tenía culpa.

Solo duró seis meses en el convento, de donde salió expulsada por su inmoral incapacidad para guardar los secretos de la vida monástica. La solución más sabia para mantener incólume la paz ancestral del monasterio fue calificar el berrinche de sus protestas en defensa del pudor como episodios psicóticos urgidos de atención psiquiátrica. Varios años más tarde, agotada por múltiples batallas perdidas en contra de sus emociones contradictorias, y agudizada por el fracaso

reciente de un viaje al exterior, llegó al hospital un domingo por la tarde solicitando amor con lenguaje de mercado público. Acompañada de una enfermera particular y rotulada con un diagnóstico elegante: **“síndrome mental orgánico por encefalopatía hipertensiva asociado a deprivación afectiva mayor”**, es decir, loca por abstinencia con presión arterial alta.

Antes de quince días andaba proclamándose reina del décimo piso y enviada de Dios para proteger el orden de su reino descarriado en este mundo imperfecto. La amistad cultivada con el doctor Del Mar en los momentos de lucidez la hacía esperar ansiosa la ronda de los sábados, a la que él llegaba impecable, con la bata blanca recién lavada en esencias florales, el bigote exiguo recién cortado, los zapatos blancos meticulosamente lustrados y puntualidad inmejorable. Se enamoró al verlo de frente y sentir el peso de su mirada tangible, profunda y escrutadora en el centro de sus misterios, exactamente donde albergaba sus debilidades. Era la única cosa que había logrado penetrarla en la vida. Por eso no pudo soportar la confusión de sentirse desperdigada como por un rayo al sumergirse en los ojos de Esteban. Verlo imponente con su atuendo de médico impartiendo ordenes en la ronda y transmitiendo su ciencia a los médicos internos la producía escalofríos y cataclismos en sus enigmas. El día en que creyó recibir la señal divina para tocar el amor cumplía tres años en el hospital.

Después de una noche tormentosa Maruja se levantó temprano a hacerle aseo a la habitación. Fue la primera en llegar al baño. Su obsesión por la limpieza le hacía bañarse completa cada vez que

tocaba algo que pudiera contaminarla, lo cual era prácticamente todo. Había estado luchando con el frío desde la tarde anterior cuando una ráfaga de viento se filtró silbando por las persianas de la parte alta de la ventana inundando de hielo la habitación. Al acostarse se arropó hasta el cuello con la sabana de parches que le habían dejado para forrar el colchón, lentamente, agarrando con los dedos de los pies la punta de la sabana para que no le quedaran por fuera, ascendió hasta llegar al cuello y acomodar los extremos debajo de los hombros. Procuró cerrar todas las entradas para no dejarse tocar del frío pero después de veinte minutos de batalla en posición fetal bajo la sábana seguía tiritando igual que al principio, contrariada entonces por la certeza de que aquella sería una noche de calamidades inconfesables. Al día siguiente solo recordaba el frío que insistió en acompañarla debajo de la sábana hasta las seis y treinta de la mañana cuando decidió bañarse después de asear su habitación. Tenía la sensación de no haber dormido lo suficiente a pesar de no sentirse cansada. Después de haber disipado con agua tibia las últimas manifestaciones vergonzosas de su noche de tormento, volvió a acomodarse plácida bajo la sábana a esperar con el pudor renovado y la esperanza viva a que la campanilla de la religiosa anunciara las siete de la mañana, para salir al encuentro con su destino en la visita de todos los sábados. Se preparó para la ocasión con un maquillaje inconfundible de pájaro tropical. Ese día, como todos los sábados a las siete, se asomó por la ventana del extremo norte del pasillo a recibir la reconfortante brisa de la cordillera que, en los últimos dos años, la había ayudado con complicidad incondicional a sobrellevar las oleadas de calor que la

tenían al borde del delirio psicótico. Lo extraño de haberla visto aquel día intentando ventear su cabello corto al lado de la ventana, fue que aquella era una mañana de domingo.

el doctor Del Mar por supuesto no llegó a la hora de todos los sábados, pero Maruja, sin conocer la hora de los domingos permaneció haciendo guardia silenciosa al lado de la ventana, con ráfagas de impaciencia fugaz, esperando decidida a su ángel de la guarda y médico de cabecera hasta las nueve de la mañana en que Esteban apareció por el centro del pasillo, despeinado y sin afeitarse, arrastrando el peso de setenta y dos horas de trabajo continuo, con un aliento de dragón envenenado distinguible a varios metros, y agobiado pensando en las cuarenta y ocho horas de trabajo que le faltaban para cumplir con el compromiso de los turnos empeñados.

- hasta incumplido te has vuelto - le acusó Maruja con familiaridad de histérica en ejercicio.

Sin prestar atención al reclamo el doctor Del Mar avanzó hasta el salón de residentes. Maruja lo siguió en silencio. Se sentó sin anunciarse a observarlo mientras se afeitaba en el lavamanos. El recinto se inundó de los perfumes alcoholados que Maruja despedía. Olores alcanforados de fórmulas magistrales que usaba en el baño diario para alejar al demonio y atraer el amor verdadero. La solución capilar de azufre que usaba los sábados la rodeaba de un olor especial cuyo

rastros permanecía por varios días en todos los sitios que visitaba. Esteban Del Mar los percibió de inmediato.

- solo Satanás en su mundo y Maruja en este pueden oler a semejante cosa - murmuró.

Interrumpió la afeitada, buscó de reojo sin darse vuelta en las sillas de la mesa de estudio, inspiró profundo y exclamó:

- ¿de parte de Dios o del Diablo? –

- por supuesto que de Dios - respondió una voz exigua desde la esquina del computador.

Esteban Del Mar le siguió el juego con atención reiniciando la afeitada.

- y se puede saber ¿a qué te envió a la tierra tan temprano? ¿No te habrás equivocado de camino? –

- siempre he estado en la tierra - respondió Maruja con sensatez inusual. Hubo un silencio de segundos y agregó - además, Dios también se equivoca cuando quiere -

*para algunas cosas no está tan loca como parece* - pensó Esteban dibujando una sonrisa de complacencia .

- anoche - continuó Maruja - me dijo en un sueño que en tus manos estaba el remedio de mis males -

-¡ajá! –

- y aquí estoy, dispuesta al tratamiento -

- a veces el remedio es peor que la enfermedad - respondió Esteban.

- me arriesgo - repuso Maruja

-¡que elocuencia Maruja! Pero a ti lo único que te cura es un milagro -

- a eso vine - respondió - todavía creo en los milagros, y en los hombres voluntariosos -

Sería más fácil si se ayudara con un buen baño - pensó Esteban. Mientras secaba a sacudidas la máquina de afeitar sobre la toalla, dio la vuelta y caminó hasta Maruja. Se sentó frente a ella sobre la mesa. La inspeccionó de pies a cabeza y exclamó:

- mejores propuestas me han hecho -

- no lo creo - respondió Maruja

Esteban Del Mar acarició su rostro recién afeitado. Detuvo el índice en el cráter mayor de su mejilla derecha con movimientos circulares. Penetró en las pupilas inquietas de Maruja. Por segunda vez en la vida se sintió perturbado por la invitación de una mujer. Ni Hortensia en sus mejores tiempos había logrado asustarlo tanto. Se sintió impulsado por la fuerza invisible de su antonomasia y obligado por su deber de semental en desuso, a cumplir el sagrado mandamiento del pecado original. Su destino era prácticamente ineludible, se acercó temeroso hasta sentir en el rostro el aliento agitado de Maruja. Abrió los ojos cuando ella comenzaba a cerrarlos y, oponiéndose con facilidad inusual a los caprichos de la naturaleza, dijo golpeándole la boca con un agradable aliento artificial recién conseguido:

- los domingos son sagrados Maruja, día de absolución -

A lo que ella le respondió al oído sin inquietarse.

- pues hoy es sábado Esteban, día de justificar la absolución. Mañana el padre Artemio se encargará de devolvernos oficialmente la gracia -

Maruja no entendía por qué alguien como Esteban Del Mar podría rechazarla. La posibilidad de que un hombre normal renunciara a la exquisitez del amor almacenado carecía de sentido en su pensamiento. *La peor pendejada de las mujeres es tener que humillarnos a los cuarenta por lo mismo que rechazamos a los veinte* - pensó - . Miró a Esteban con firmeza, enrojecida por la furia y agregó:

- ya imaginaba que era más la fama, ni para eso sirves -

- ya te dije que los domingos son de Dios - repuso Esteban

- y los sábados del Diablo - contestó Maruja

- Tú estás loca, hoy no es sábado, es domingo. Así que búscate otro día o cambia de verdugo. Y déjame solo, que me siento cansado y enfermo -

Sin haber terminado de pedirle que se marchara, Maruja comenzó a desvestirse por los aretes, luego las pulseras, el reloj y los zapatos. En un esfuerzo magno logró desabrochar la correa de sus calzones. Y hasta ahí llegó. Al no poder despojarse de las ataduras que salvaguardaban su insoportable castidad se sintió incapaz de continuar y declinó su propósito en un estruendoso berrinche de niña consentida

- que desgracia - se gritó a sí misma - ni para esto sirvo -

Solo dos intentos en toda su vida, recordaba haber hecho Maruja, para deshacerse de sus estorbos congénitos y satisfacer la inmensa curiosidad que le despertaban los misterios del amor, ambos fallidos. Uno, con la gran ilusión de su vida. Un apuesto estudiante de medicina que conoció en su primera fiesta de adolescente, de quien se enamoró sin darse cuenta al mirar sus ojos verdes. Viajando a través de sus

pupilas en un sueño sin tiempo, se persiguieron hasta alcanzarse en un laberinto de pasiones. Se hicieron el amor envueltos en sedas y aceites aromatizados, nadaron desnudos en el mar cristalino de una isla perdida, evadieron juntos la prisión de un castillo medieval en medio de una guerra santa y volaron como cóndores sobre las nieves de los Andes, pero en la realidad ni siquiera intentaron bailar porque ninguno de los dos sabía cómo hacerlo. Invasión por una alteración novedosa que le descompuso el corazón y la enmudeció, convirtiéndole la garganta en un desierto y la intimidad en un oasis, Maruja se atrevió a ofrecerle sin mayor esfuerzo el santuario de sus caprichos inoportunos el mismo día en que lo conoció. Turbada por el roce de la piel, asustada y sin saber qué hacer con sus hormonas en estampida, en el primer y único contacto que tuvieron en toda la noche cayó vencida sin resistirse. Dejó al descubierto en dos movimientos sus encantos encendidos de adolescente no iniciada, aseguró la puerta con el cerrojo y apartó sin hacer ruido los platos sucios sobre la mesa, se impulsó con los talones sobre el lavaplatos dándose por consumada. Pero al momento de la verdad, mientras los invitados atendían el llamado al postre como último acto oficial de la fiesta, desnudos, recostados en el mesón de la cocina ninguno de los dos supo cómo hacerlo por desconocer el paso siguiente.

El otro, veinticinco años más tarde, lo tuvo dos meses antes de llegar a quedarse en el décimo piso, en un viaje de placer por el lejano oriente que le regalara el mismo desconocido que la había mantenido hospitalizada como mensajera y paciente en los últimos tres años. La

ocasión le llegó de repente en una mezquita budista, y la tomó por sorpresa. Faltando tres días para regresar a occidente sintió el acoso de la impaciencia por no haber consumado el propósito de su visita, pero a la vez se sintió acusada por las voces ancestrales que custodiaban sus pensamientos pecaminosos. El reproche por atreverse a desear su iniciación con lujuria desató una tormenta de dudas que deslegitimó sus anhelos escondidos ya maltrechos por el cautiverio en que los había mantenido, convencida de que eran un estorbo para alcanzar la verdadera felicidad en el paraíso. Maruja nunca había tomado ni tomaría en su vida una decisión por sí misma. Mucho menos una de tanta trascendencia que involucrara la castidad que desde niña le habían enseñado a proteger con veneración como el más grande regalo de Dios a las mujeres para gobernar en el mundo. Un elemento persuasivo de cuya fragilidad colgaban en igualdad de condiciones la fortuna y la desdicha. Por eso, igual que en otras decisiones de su vida, optó por solicitar la opinión divina para dirimir el asunto. Con clarividencia inusual supuso que Dios sería el mismo en oriente y occidente sin importar su estado nutricional, por lo cual fue a orar a un templo Budista. Esta vez excitada por el olor de la esperma derretida y el calor de quinientas velas encendidas en el recinto, se tropezó con su destino detrás de una gigantesca estatua de Buda. Un vendedor de iconos sagrados le acercó una extraña flor cuyo aroma profundo le hizo perder el sentido y la sumergió sin darse cuenta en el lago de flores moradas. Despertó antes de lo que hubiera querido, recostada en una antigua loza de sacrificios, rodeada por brazos desconocidos, fuertes y persuasivos que la elevaron al umbral de sus pretensiones genitales,

pero el encanto terminó cuando se dio cuenta que los orientales también besaban en los preludios del amor y que incluso eran más salvajes, por lo metódicos, que los occidentales. Todo el encanto místico sobre el amor oriental que había leído en los libros eróticos de la antigüedad se quedó sin misterios ni atractivos cuando en el borde del mágico desenlace, desarmada por la evidencia, cayó en la cuenta que en cualquier idioma al fin y al cabo terminaba siendo la misma guerra con las mismas armas y hasta con el mismo discurso.

La imagen de las flores rescató en su memoria el recuerdo del día anterior cuando el desfile mortuorio del doctor Trespalacios pasó al lado del hospital envuelto en una nube de polen y flores frescas. Para Maruja las flores tenían un significado mágico porque servían para decir cualquier cosa, desde idioteces hasta para cerrar buenos negocios. La última vez que vio al doctor Trespalacios, tres semanas antes de ausentarse mortificado por los riñones, hablaron de flores.

- Una rosa verde no es tan bella - le había dicho Orestes conmovido al ver la exótica belleza de Isabel, espigada y fresca, jugando a ser médico en los pasillos del hospital. Desde el día siguiente comenzó a dejarle una flor distinta cada día en la cama de sus pacientes. Maruja era la encargada de colocar una flor en cada cama desde muy temprano, antes que Isabel llegara a visitar a sus enfermos. Lo hacía con tanta sutileza que ni el doctor Trespalacios ni los mismos enfermos pudieron darse cuenta de cuando las colocaba. Lo hacía todos los días de lunes a sábado, exceptuando los domingos, a menos que Isabel

estuviera de turno ese día. El doctor Trespalacios la llamaba en la madrugada para indicarle el sitio donde había dejado escondidas las flores de ese día. Así Maruja, buscando flores escondidas, conoció los lugares más ocultos del hospital universitario, guiada por las instrucciones del doctor Trespalacios. Solo el día en que iba a morir dejó de llamarla. Ese fue el día en que Maruja vio más flores juntas en toda su vida. De repente saltó como si recordara algo. Un compromiso irrenunciable.

- ¡carajo! - exclamó - aún deben estar vivas -

Y sin volver a pensarlo reajustó la correa de sus calzones, miró hacia arriba con el mentón escondido en el cuello de la camisa y con parpadeos titilantes, en un acto propio de sus perturbaciones golpeó con su mejor aliento matutino el rostro del doctor Del Mar.

- debo encontrarlas antes de que se marchiten - dijo - para entregarlas a su dueña - y se alejó como había llegado, sin hacer ruido. Por el pasillo.

- no importa que sea domingo - agregó sin detenerse - mañana estará de turno -.

## Capítulo **SEXTO**

Empujada por un mal presentimiento Hortensia estuvo rodeando el hospital el domingo, desde muy temprano hasta el medio día, intentando entrar sin conseguirlo. Sus explicaciones no convencieron al vigilante uniformado que hizo más caso a su apariencia de india desorientada que a la razón de sus palabras.

- no insista señora - le dijo varias veces - estas no son horas de visita -

Pero Hortensia insistía convencida de que algo malo estaba sucediendo dentro del hospital relacionado con su marido. Así lo había cavilado casi toda la noche hasta que logró conciliar con un sueño superficial e intranquilo en el que soñó lo mismo que la estuvo atormentando despierta. Vio a Esteban perseguido por un toro negro gigantesco que escupía fuego por el hocico y lamía su sangre esparcida por el piso en los pasillos del hospital. Al despertar, el recuerdo de la pesadilla todavía viva la hizo correr hacia el hospital con el peor presagio a cuestas para comunicarse con su marido y cerciorarse de que en realidad no hubiera algo de qué preocuparse. Salió sin prepararse lo suficiente: despeinada, mal vestida y sin maquillaje. Con el mejor aspecto que el trasnocho le consentía. Inicialmente molestó en la portería de urgencias hasta el cansancio.

Así logró que el vigilante encargado llamara al décimo piso para verificar la presencia del doctor Del mar, su parentesco con Hortensia y la aprobación para permitirle entrar. No consiguió lo uno ni lo otro. Luego intentó comunicarse desde un teléfono público pero la única moneda que tenía se agotó antes de parir completa su explicación que debió ser larga para convencer a la enfermera auxiliar que contestó, de su parentesco con Esteban.

- No moleste señorita - le respondió la auxiliar - ya le he dicho que está ocupado. Busque oficio –

- ¡Yo soy la esposa! - respondió Hortensia ultrajada

- y yo la virgen María - alcanzó a escuchar antes de interrumpirse la comunicación.

Todo el personal de enfermería del décimo piso estaba suficientemente entrenado por fuerza de la costumbre para ocultar el rastro de los residentes al asedio femenino. Y más el del doctor Del Mar cuyos encantos eran protegidos con devoción sacramental. Además Después de salir del cuarto de Betuliano el doctor Del Mar pidió no ser molestado por ningún motivo. - *No estoy para nadie* - ordenó - *ni vivo ni muerto* -. Sin la ayuda del personal de enfermería fue imposible para Hortensia localizarlo y se quedó sin entrar. Antes de darse por vencida intentó con el conductor de una de las ambulancias, al que había saludado alguna vez en algún sitio, pero este prefirió no

acordarse tampoco de su cara matutina sin retoque. Desesperada por no saber de su marido y contrariada por un guardián inflexible incapaz de interpretar una norma, pensó en buscar ayuda en los colegas de residencia del doctor Del Mar. Los llamó a todos pero no encontró a ninguno. La única esperanza de comunicación quedó grabada en el contestador automático del doctor Fernando Cotes en un mensaje incoherente, con voz hendida y dispersa, ahogada por el llanto, haciendo un llamado patético que el doctor Cotes nunca entendió a pesar de haber conocido desde un principio la voz de Hortensia desesperada.

Fernando Cotes escuchó el mensaje el lunes en la noche, al regresar de un viaje de tres días, sentado en el sanitario, cuando se disponía a leer uno de los clásicos de la biblioteca del baño donde guardaba sus obras preferidas. De inmediato, y sin entender aun de que se trataba, intentó devolverle la llamada.

Después de llamar al doctor Cotes Hortensia montó guardia en la entrada principal del hospital esperando el cambio de turno de los vigilantes para intentar de nuevo con la esperanza de una mejor suerte. Pero su diligencia nuevamente fracasó, estrellándose esta vez con la impetuosa arrogancia de una vigilante con ademanes influenciados por la testosterona. Al borde de un ataque de histeria y a punto de tomar el camino de una acción temeraria, como una visión celestial, caminando entre azucenas y jazmines sobre el sendero de un muerto fresco, vio

salir del hospital y atravesar la calle hacia ella a la primera persona que le inspiró confianza al llegar a Bucaramanga.

- Dios es grande - dijo - y se le acercó corriendo, con ganas de caerle encima para anteponerle la magnitud de su angustia.

- ¡Bendito sea Dios! - le dijo - me estaba oyendo -.

Era el doctor Marcelino Peñas Blancas, quien a sus ochenta y dos años seguía yendo al hospital todos los días con la intención de divertirse enseñándole cualquier cosa al primer médico principiante que encontrara en su camino y de paso regañándolo por lo primero que no le gustara. Nadie, por pura cortesía, le había llevado la contraria en su presencia desde que comenzaron a aparecerle canas. Conoció a Esteban Del Mar en uno de sus recorridos por urgencias en busca de distracción, cuando Esteban hacía su primer turno, el tercer día de residencia en medicina interna. Le sorprendió la claridad de sus respuestas, su oposición rotunda y el inmenso parecido con su único hijo, quien falleció siendo residente diez años antes, extenuado por un orgasmo interminable que confundieron con un *“estatus convulsivo”* después de permanecer dormido durante noventa días en los que solo se levantaba para comer como cerdo y hacer el amor. De inmediato comenzó a quererlo como a un hijo. El domingo salió del hospital insatisfecho por no haber encontrado a quien regañar. Ver a Hortensia le produjo alegría hasta que notó su angustia y su desgreño.

- ¿Qué te pasa mujer? - preguntó - no pareces tú -

- Es Esteban doctor, algo malo debe estarle pasando. Hace tres días que no se de él -

- Ya era tiempo - respondió el doctor Marcelino - si lo hubiera hecho antes no estarías así -

- Si lo hubiera hecho antes estaría muerto - respondió Hortensia - pero no es lo que usted se imagina, es distinto. Hace tres días salió para un turno largo y no me ha llamado -

- Entiendo -respondió Marcelino - y ¿donde está lo distinto? –

Hortensia conocía muy bien a Esteban. Lo suficiente para caer en cuenta que el doctor Peñas Blancas podía tener la razón. En ese instante concluyó convencida que Esteban había burlado su vigilancia muchas veces más de las que ella se había percatado.

- ¡Miserable! - explotó - y yo muriéndome de preocupación -

Solo en una oportunidad Hortensia había logrado comprobarle a Esteban una infidelidad conyugal. Más porque él así lo quiso, que por la pericia de ella como investigadora de asuntos matrimoniales. Varios años más tarde Hortensia habría de saber que la vanidad de Esteban le hizo aceptar en aquella ocasión, con orgullo disfrazado de

arrepentimiento, sus reincidentes e inagotables faenas de amor clandestino con una desconocida, cuya presencia le trajera reminiscencias del primer amor. Las circunstancias de entonces con las de ahora tenían cosas en común. Una ausencia prolongada, el trabajo de coartada, la desvergüenza de Esteban para propiciarlas y el suplicio de Hortensia como consecuencia.

- ¡cuando lo tenga en mis manos! - agregó.

El doctor Peñas Blancas entendió que con sus palabras solo consiguió despertar en Hortensia los genes de guerrera Caribe enamorada. Se sintió culpable y no quiso ser el causante de una batalla familiar.

- “*No me pares bolas*” - dijo - soy un viejo loco que no sabe lo que dice. Debe estar trabajando como burro, en eso se la pasan los residentes. No te preocupes -

Y con una caricia tierna en la cabeza la conminó para que volviera a su casa a esperar a Esteban, quien seguramente no tardaría en llamarla. Ese día no comió ni durmió. Al presentimiento de una desventura cernida sobre su marido, se sembró el dolor de la duda sembrada sin intenciones por el doctor Peñas Blancas. - ¿por qué un turno tan largo? - se preguntó toda la noche. Se quedó dormida cuando el sol del nuevo día comenzaba a asomarse entre los cerros, sin haber encontrado una explicación satisfactoria. Lo imaginó acompañado en una playa desierta del Caribe, sudoroso, embriagado y dejándose tocar con

lujuria por una hembra de ojos claros. Rubia, más alta, más blanca y más fuerte que ella. Lo imaginó también sumergido en los vapores de las noches de parranda en la ciudad. Vapores de esos que no permiten pensar en lo que después hay que olvidar. Y lo imaginó también tonto y reprochable. Disminuido por su deslealtad. Odiándolo por hacerla sentir insignificante y burlada. Cuando despertó no le quedaba suficiente furia para alterarse. El descanso le devolvió la serenidad dispersa y todo le pareció un sueño desagradable que no merecía guardarse en el recuerdo.

Fernando Cotes comenzó a buscar a Hortensia desde el baño, sin terminar su lectura laxativa. Después de varias llamadas no contestadas se levantó del evacuatorio. Justo antes de llegar al último círculo del paraíso. Llamó a su mujer para explicarle que debía salir porque algo extraño estaba sucediendo en la casa de Esteban.

- No contestan - puntualizó - debe ser asunto de enfermedad grave o de polleras cortas –

Dejó a Dante sobre la tapa del evacuatorio y sin despojarse del aroma de flores moradas salió en busca de su amigo Esteban. Encontró a Hortensia sola, con los ojos hinchados por las lágrimas que no había podido llorar. “*asunto de faldas*” pensó. Con la confianza de los buenos amigos entró hasta el mueble grande de la sala. Le comentó sobre la llamada recibida como preámbulo para justificar su visita, sobre el viaje para explicar la tardanza, de su lectura interrumpida para evidenciar la

preocupación y por último preguntó por Esteban para ocultar su sospecha.

- Hace cuatro días que no sé de su vida - respondió Hortensia buscando protección en la indiferencia - debe estar de turno. A eso salió hace cuatro días –

- A mí también me ha sucedido - continuó Fernando - El trabajo del hospital no deja tiempo para la familia. Un turno de residente es como un trasnocho de puta fea - agregó - Soportando olores, escuchando calamidades, sin poder dormir y todo por amor al arte - A pesar de su intención, Fernando no consiguió desenterrar la sonrisa de Hortensia.

- No te preocupes - replanteó - debe estar muy ocupado. Cuando hay mucho que hacer el tiempo pasa volando, ya te llamará –

Siguieron hablando por varias horas mezclando bromas con consejos desatendidos. Hortensia tratando de esconder brotes de imprudencia que revelaran su angustia y Fernando tratando de restarle importancia al silencio de Esteban con argumentos improvisados. Así estuvieron hasta la media noche, con la dignidad protegida por dos años de amistad incuestionable.

Desde el viernes no había vuelto a llover. La del viernes parecía ser la última lluvia rezagada que despedía al invierno. Para Hortensia fue el anuncio de un fin de semana lleno de contrariedades. Probablemente

para nadie más tuvo significado, exceptuando a Esteban y a algunos allegados al doctor Trespalacios, que lo recordarían como un viernes de mal agüero. El eco de las gotas quedaría repicando en los tejados, en las calles, en las tumbas y las rosas para Esteban y Hortensia por mucho tiempo, hasta que el olvido quisiera disiparlo, a pesar de no haber vuelto a llover hasta su último día en Bucaramanga. Un viento providencial con amenaza de lluvia que sirvió para barrer las flores que quedaban regadas en las calles, los acercó en el recuerdo a aquel viernes oscuro que no querían revivir. Un viento que le hizo recordar a Esteban los coletazos de frío y a Hortensia las palabras de Fernando al despedirse el lunes a media noche.

- Las malas noticias nunca se extravían - le dijo - duermes tranquila. Y ve acostumbrándote, que los médicos duermen más en la calle que en su casa -.

Para Hortensia, más que un consuelo, fue una profecía lo que Fernando le dijo. Una profecía que habría de cumplirse como una condena en la soledad de muchas noches. Imperturbable, como un compromiso no negociable con la naturaleza, a pesar de la caprichosa virilidad de Esteban a consecuencia de su enfermedad.

Después de despedir a Fernando intentó dormir el resto de la noche sin atender a sus conjeturas. Disminuyó su ira revolviéndose en la cama y mitigó la impotencia con sollozos. No durmió en lo que quedaba de la noche. Esperó al amanecer dispersando sus debilidades sin malgastar

el orgullo, que le amaneció intacto. Ese mismo orgullo que en las próximas horas iría convirtiendo, paso a paso, en esperanza para soportar junto a su marido el anuncio anticipado de una muerte prematura. Desde el día siguiente los uniría el dolor compartido, mezclando sus lágrimas, sus miedos, sus oraciones, sus esperanzas y sus maldiciones cuando los abandonaba la fe. Pero siempre dándole uno al otro lo que le hacía falta para no darse por vencido, hasta que estuvieron seguros de que al menos por el momento le habían ganado la batalla a la muerte.

El martes, unas horas antes del medio día, Fernando habría de buscar de nuevo a Hortensia para decirle en tono de solemnidad que su marido se iba a morir sin llegar a viejo, dándole inicio a un viacrucis que involucró a la familia de ambos y a todos los amigos sinceros que sufrieron junto a ellos la angustia de una muerte anunciada.

## **Capítulo** **SEPTIMO**

En la mañana, como acostumbraba, orinó en el jardín de la antesala. Aprovechó para regar las azucenas marchitas y le alcanzó para dibujar un trébol de seis hojas con ocho cuernos en el tallo, en la pared del patio interior sin tanto esfuerzo como lo había estado haciendo desde que la próstata se le convirtió en un estorbo.

- se me alborotó la diabetes - pensó

Sacudió antes de guardar la única extremidad que le quedaba intacta y se acercó haciendo buen uso del oído y la punta de la muleta al mueble de la cocina donde guardaba las medicinas de la diabetes. Escogió al tacto entre varias cajas comenzadas y tomó de una que reconoció por el tamaño. Encendió un cigarrillo para desatender el hambre y se sentó a escuchar televisión en la penumbra de la sala.

Ese día el viento helado hería más que de costumbre, salpicó sus brazos con alfileres invisibles y hormigas errantes que le recorrieron el cuerpo en un segundo. Había salido al balcón a recibir el sol de la mañana, para despertar la piel y ahuyentar a las hormigas, pero tuvo que retirarse antes de tiempo a la antesala urgido por los caprichos de la vejiga, la única parte de su cuerpo que a los cuarenta y siete años le

funcionaba perfecta contradiciendo la opinión de los médicos. Aunque nunca lo hubo de manifestar, siempre se satisfizo pensando que por lo menos en una cosa la naturaleza le obsequió la oportunidad de contradecir a los médicos. Sin explicación aparente su vejiga se mantuvo puntualmente rebelde al deterioro de la diabetes, a pesar de que la próstata le había claudicado desde hacía varios años. En la rebeldía constitucional de la vejiga atesoraba sin proponérselo el único santuario de dignidad en su cuerpo enfermo. Rebeldía que mantuvo como un vestigio de su juventud orientada por la militancia universitaria en los grupos de oposición. Ciego, amputado y prostático, ahora recordaba con nostalgia las gloriosas batallas por la reivindicación de los derechos estudiantiles avasallados, de las que aún conservaba recortes de periódico envejecidos, que, aunque no podía leer, distinguía por la capacidad particular que cada uno tenía de producirle un estornudo distinto según el año de publicación. Su última aparición pública como orador la hizo ante más de quinientos estudiantes enardecidos, seis meses antes de que le descubrieran la diabetes. Por aquellos días había comenzado a exhibir las primeras manifestaciones de su enfermedad sin darse cuenta. La primera vez que observó algo extraño fue en el comportamiento de las hormigas que hacían una hilera interminable desde los confines de la casa desfilando perturbadas para perecer ahogadas en la tasa del sanitario después que orinaba. Lo atribuyó a la influencia de la luna sobre los organismos inferiores de la escala zoológica. Después comenzó a sentir hormigas invisibles que le subían hasta las rodillas y brazos en las plantas de los pies. Lo interpretó como la influencia de las noches frías del invierno en

la circulación de la sangre de los organismos superiores. Por último, el día en que descubrieron el origen de sus males, consultó al médico preocupado porque a pesar de desempañar sus anteojos con toda suerte de alientos y lociones, seguía sin poder distinguir su propio rostro en el espejo. Un solo examen fue necesario para confirmar el diagnóstico que el médico le hiciera al escuchar la primera parte de su disertación astrológica.

- Tienes el azúcar fuera de órbita - le dijo –

Desde entonces se mantuvo alejado de los discursos y de cualquier clase de lucha que no fuera contra su enfermedad. A pesar de la tenacidad inquebrantable con que alimentó su espíritu en la lucha contra las desavenencias de la diabetes, esta lo abordó como una plaga insaciable que lo fue digiriendo de a pedazos como a un hierro carcomido por el oxido. Su amputación sistemática comenzó precipitada por el frío, por los dedos del pie derecho en un invierno en Bogotá. Seis meses más tarde perdió esa pierna hasta la rodilla, herida por una estrella de mar en un verano Caribe. Ese mismo año, peleando con un escritorio que se cruzó en su camino, perdió por un puntapié mal enfocado toda su pierna izquierda hasta la cadera, quedando confinado a una silla de ruedas la mayor parte del día y a un catre enmohecido por la urea en el cuarto de la cocina por las noches, de los que solo se alejaba los domingos a las seis para el paseo matinal alrededor de la cuadra, ayudado por una muleta de madera y una prótesis metálica de segunda. Antes de dos años la ceguera lo

obligó a abandonar las caminatas matutinas cuando fue atropellado por un asno desconocido al intentar cruzar la autopista. Víctima de sus limitaciones ahora solo salía al balcón por las mañanas a recibir el sol recién encendido, a ahuyentar las hormigas que le caminaban por la piel y a aspirar el aire con olor a hierba mojada que le traía recuerdos de la infancia. Cada día se alejaba más en la profundidad de sus recuerdos, recuperando con exactitud preocupante imágenes de su niñez remota cuyo realismo solo servía para hacerle saber que estaba más viejo de lo que pensaba. Al compás de los recuerdos crecieron sus desaciertos. Los primeros síntomas se disiparon en la desatención, confundidos como expresiones triviales de la senectud. Que dibujara tréboles en el jardín de la antesala, que despertara a la media noche con la intención de visitar amigos fallecidos, que confundiera el baño con la cocina, que olvidara cerrar los grifos, que abriera la puerta a desconocidos o que entrara por equivocación al cuarto de la doméstica, eran asuntos concluidos con una apreciación estéril, sin pretensiones.

- pobre viejo - explicaban - los años no vienen solos - .

Después de muchos años de silencio y frustración, su enemistad con la vida lo condujo al mutismo total. Redujo su mundo a la pintura matinal en el jardín, a sentir el sol que le ahuyentaba las hormigas de la piel y a escuchar noticias en el televisor de la sala. Desde el día en que decidieron quitarle el televisor de la sala porque estaba ciego no volvió a pronunciar una palabra, pero defendió sus derechos esgrimiendo las

armas de la protesta silenciosa con estrategias al principio aceptadas por lo ortodoxas. Dejó de comer, incluso las cosas prohibidas, perdía voluntariamente el control sobre su vejiga y demás esfínteres cercanos en medio de la sala cuando había visitas, encerraba dentro de la casa una nube de humo gigantesca fabricada con cigarros ordinarios, trancando puertas y ventanas. Pero su desconexión con la realidad se hizo inmanejable el día en que recurrió a la exhibición pública de su única extremidad indemne para reclamar la atención de su familia y exigir la devolución del televisor. De inmediato fue recluido en un asilo de religiosas en donde tampoco entendieron el significado de su pintura floral y lo remitieron sin tardanzas, con los tréboles aun frescos e inconclusos, al hospital universitario, argumentando que el inmenso tamaño de las hojas era un signo inequívoco de diabetes descompensada. En opinión de la superiora debió remitirse para evitar una complicación vergonzosa dentro del asilo, favorecida por la exposición de sus elementos de trabajo pictórico. Así se hizo.

El doctor Esteban Del Mar lo recibió en el décimo piso procedente de urgencias, donde había llegado la noche anterior con la única reputación de ser un pintor incomprendido. Allí rotularon su mutismo y la tenacidad de su rebeldía, expresada en la espalda contraída, como un síndrome mental orgánico digno de ser estudiado. Cuando Esteban Del Mar lo conoció, el lunes en la mañana, estaba atado a la cama con tiras de esparadrapo en los antebrazos. Inmovilizado para protegerlo de sus desvaríos impredecibles. Con la prótesis desconectada y la muleta lejos de su alcance, la mirada fija por la impotencia y la

contrariedad acumulada en los músculos de sus ojos. Una auxiliar de enfermería se apresuró a justificar su encadenamiento argumentando intenciones de suicidio.

- lo encontré en el balcón - dijo - agitando los brazos al sol como un colibrí -

- tendría el viento en contra - apuntó Esteban.

Buscó el nombre en la hoja de historia clínica y se acercó por el lado derecho de la cama.

- ¿Que hubo Anacleto cómo va la cosa? ¿Cómo se va sintiendo? -

Anacleto no respondió. Siguió mirando fijo hacia el techo, exorbitado y tirando con fuerza de los esparadrapos que lo mantenían atado a la cama. La tos incesante de un tuberculoso y las sibilancias que preludiaban la muerte de un anciano fumador fueron las únicas respuestas que se escucharon en el cuarto. Los demás enfermos no se percataron del interrogatorio, algunos estaban allí desde hacía más de dos meses. Dos de ellos vivían en el hospital desde una fecha olvidada esperando un turno para cirugía, días incontables que se les hacían muchos por el recuerdo frágil de dos Navidades vividas en el hospital. Ya estaban acostumbrados a los gritos inoportunos de las madrugadas sin sufrir sobresaltos. Eran parte de su sueño intranquilo las voces afanadas de internos y residentes tratando de averiguarle la vida a un

anciano casi sordo en horas de la madrugada. ¿Que cómo dijo qué se llamaba? , ¿Qué cuándo comenzó a fumar?, ¿con filtro o sin filtro?, ¿Qué sí su casa tiene sanitario?, ¿al fin, fue hace veinte o veintiún años?, ¿y entonces que le pasó a los catorce años cuando...?. Habían pasado por sus oídos tantas vidas resumidas en los insomnios de una madrugada, que ya eran parte del arrullo necesario para dormir. El doctor Del Mar insistió cambiando la pregunta.

- Anacleto, ¿me escuchas? –

La respuesta fue la misma. Silencio. Con el entusiasmo maltrecho por tres días de trabajo continuo y el enfado engendrado por el sueño perdido, Esteban Del Mar retiró con un movimiento brusco la sábana descolorida que cubría a Anacleto como si quisiera abrirle las puertas al demonio que lo mantenía encadenado a la indiferencia. Solo entonces cayó en la cuenta que le faltaba una pierna entera y la mitad de la otra.

- Carajo - dijo - ¡eres diabético! –

De nuevo se quedó sin respuesta. Impulsado por la rutina, inició una vez más la ceremonia del examen médico. Pasó su mano frente a los ojos desorbitados con movimiento amenazante pero de nuevo se estrelló con la indiferencia. No provocó ni el más sutil parpadeo.

- Ahora si - dijo en voz baja - nos jodimos. Ciego, sordo, mocho y diabético. Solo falta que sea prostático o impotente para que sea feliz. Como dijera Aristóteles: *cuando se nos cae la picha nos quitamos de encima el más grande de los problemas* -

- No fue Aristóteles médico. Fue Platón. Y lo aprendió de Sócrates, su maestro, quien se lo escuchó a Sófocles. Y la próstata que importa que se pudra, al fin y al cabo nunca ha servido para nada –

Ahora los ojos que parecían no moverse eran los de Esteban Del Mar. El ejercicio de la medicina lo había preparado para recibir sin mayor sobresalto los impredecibles caprichos de un organismo enfermo, y por cultura ancestral sabía que de cualquier matorral podía saltar una liebre, sin embargo lo que acababa de escuchar le causó tanto asombro que sólo atinó a pensar que se podía tratar de una equivocación. Le sorprendió que una persona capaz de comprender con tanta claridad los principios fundamentales de nuestra filosofía madre y de poner a la próstata en su sitio, estuviera ocupando una cama de hospital público en medio de pestilencias e ignorancia.

- ¿Por qué estás aquí? - le preguntó

- La tristeza doctor, y la soledad. Pero por encima de las dos, la terquedad son las cosas que me tienen aquí. Si no sabe curar eso invéntese algo que pueda tratarme, pero no me devuelva a la casa porque me mata –

- Entonces no vuelvas a abrir la boca si no es para comer, y sigue mirando al techo, que yo me encargo del resto - le indicó Esteban.

Durante varias horas la amistad creció alimentada por la complicidad prometiendo ser duradera. Por petición de Anacleto el doctor Del Mar ordenó que lo ubicaran en una cama al lado de la ventana donde el sol de la tarde ayudara a espantarle las hormigas de la piel. En la tarde, cuando el sol moría detrás de los cerros y las enfermeras disipaban su fastidio en una tertulia sobre las aptitudes impublicables de los residentes, Esteban del Mar y Anacleto, aprovechaban la estampida de las hormigas para hablar de médico a filósofo.

- Los residentes nos parecemos a las hormigas - inició Esteban - con la diferencia que no tenemos sol que nos caliente cuando queremos salir en estampida. En este país todos quieren ser especialistas. Para sobrevivir como médico general tienes que ser político, Hierbatero o convertirte en la solución clandestina de los atrasos menstruales, no hay de otra. Quienes nos sometemos a la tortura de cursar una residencia tenemos algo de locos. Es como estudiar de nuevo una carrera, aplazando la vida para tiempos inciertos; para cuando se nos haya olvidado cómo vivirla. Y lo hacemos persiguiendo, entre otras cosas, el nivel de vida que acompaña a los mejores ingresos, esa es una verdad. Esa esperanza de felicidad nos hace soportar cualquier cosa, hasta nos convierte en masoquistas. Nos hace trabajar oficialmente más de ochenta horas a la semana sin distinguir domingos

ni días de descanso. Cuando trabajamos en las noches es normal que lo hagamos treinta y seis horas continuas, y en las horas libres, agotados y con la inconformidad desbordada, debemos robarle tiempo al descanso para hacer en las madrugadas lo que se supone que vinimos a hacer en el día: estudiar. Y cuando después de muchos años de sacrificio salimos a rescatar nuestra vida olvidada en las esquinas del barrio no la encontramos allí. Sabrá Dios a donde se habrá ido. Entonces regresamos a la cárcel de concreto de la gran ciudad a vender la libertad a cambio de una limosna para comer. Para entonces ya somos visitantes en nuestra casa. No le exagero Don Anacleto, el asunto es que aquí nosotros le resolvemos un problema al estado que descarga sobre nosotros la salud de los miserables desposeídos que usan estos hospitales. Por estos lugares solo arriman los que no tienen para ir a otra parte. Vendedores ambulantes, gamines, alcohólicos de la calle, atracadores, prostitutas sin seguro social y la gente del campo, la que nunca falta cuando hablamos de miseria. Esos son sus compañeros de infortunio en este hospital Don Anacleto. Y cada cierto tiempo, como los cometas, llega un escritor, un filósofo, ¡o un residente! –

Anacleto respondió con una sonrisa silenciosa.

- La cosa no es para reírse - continuó Esteban - los visitantes y hasta los enfermos más alentados atracan en las escaleras. Y no son ganas de fregar, lo hacen por necesidad, para comprar los medicamentos. La mayoría nunca los consiguen y mueren sin recibirlos, delante de

nosotros que lavamos la conciencia ordenándolos diariamente en la historia clínica. Aquí los más honestos hacen rifas o piden limosna para comprar las medicinas. Algunos tienen venta clandestina de galletas, cigarrillos y chocolates para surtir a los enfermos con prohibiciones. Le cuento que hace dos semanas asaltaron la buena fe de una indigente analfabeta que reunió con sacrificios y súplicas el dinero para una dosis de heparina y lo entregó al familiar visitante de su compañera de habitación. No lo volvió a ver. Y la compañera de habitación continuó estupefata y abandonada. Nosotros los médicos no estamos en mejores condiciones que los enfermos, si ustedes se quejan del maltrato de la sociedad que se deja para nosotros que nos insultan y vituperan diariamente los insignes mayordomos de la ciencia. Me refiero a esos encorbatados que llegan por la mañana y que ni usted ni yo volvemos a ver hasta el día siguiente. Pero bueno Don Anacleto no vine a fastidiarlo con mis problemas. Lo que quiero que le quede claro es que no está en el paraíso -

Anacleto volvió a sonreír participando en la conversación.- Ya lo sé - dijo - aquí en las madrugadas los ángeles bajan a buscar vírgenes vestidas de blanco a la tierra. Que yo sepa eso debe estar prohibido en el paraíso -

- No olvide que en la tierra o en el cielo, en el baño o en la cocina, los ángeles siempre serán ángeles. Así que mejor nos olvidamos de esas cosas y me cuenta cómo se siente -

- Bien doctor, pero me preocupa algo. Ayer en la mañana mis tréboles podían ser grandes y de cuatro hojas, por la noche sentí que sólo alcanzaba para uno marchito y de tres hojas, y hoy no ha salido ni para un tallo. No he orinado desde esta mañana. -

A Anacleto le preocupaba la próstata que desde hacía varios años había comenzado a obstruir su felicidad. Por tradición de familia tenía la convicción de que la próstata y su territorio era lo último que se enfermaba a los hombres antes de morir. Así se lo hizo saber al doctor Del Mar quien inmediatamente lo sacó de la confusión con una opinión irrefutable:

- Sí se nos muriera a tiempo - dijo - viviríamos sin preocupaciones el resto de la vida y usaríamos mejor la que nos queda –

- ¿Y los tréboles doctor, si no puedo pintar tréboles que otra cosa puedo hacer en la vida? –

El doctor Del Mar prefirió no discutir de arte con Anacleto quien por un instante le produjo la sensación de estar hablando incoherencias. - se me va a *desfirolar* el viejo - pensó. Sin apartar su agudo sentido clínico percibió el sutil olor a orina que enrarecía el aliento de Anacleto. Observó vacía la bolsa y la manguera de dos metros que se perdía inmersa en la uretra bajo la sábana. La acomodó, la sacudió, la exprimió y seguía vacía. Le palpó el bajo vientre por encima del pubis,

excavado y blando como una seda. Lo sintió vacío. Anacleto percibió la preocupación del médico pero prefirió no preguntar.

- Te llegó la diabetes a los riñones - le dijo el doctor Del Mar

- Y eso que significa - preguntó Anacleto

- Significa que si no te hacemos algo hoy, para mañana tendrás orina en las venas en vez de sangre -

- Yo se lo dije doctor; igual que la vida, la muerte de los hombres empieza en los dominios de la orina -

Aunque no era hombre de supersticiones, ni fácil de impresionar, el doctor Del Mar recordó que esa mañana su orina había estado más teñida que de costumbre. De un color pardo rojizo parecido al último arbol del verano Caribe que permanecía en su memoria, después de dos años de ausencia, como si lo hubiera visto ayer. Había despertado sin fiebre, pero con el crecimiento del día aumentó su temperatura hasta cuarenta grados a la hora exacta del medio día, obligándole a tomar de dos clases de medicamentos para la fiebre, que le hicieron efecto varios minutos después de haber empezado a conversar con Anacleto. Sin explicación aparente, este le produjo desde que comenzó a examinarlo en la mañana, una extraña sensación parecida a la placidez de un recuerdo de infancia bajo el cielo estrellado de Paso Nuevo escuchando historias de apariciones y entierros y descubriendo

astros escondidos entre las hojas de los abetos que dormían a la orilla del camino. Quizás le recordó al padre que tuvo hasta los once años. A quien vio morir cubierto de emplastos después de haber vomitado toda la sangre que tenía, agitado por las convulsiones y mordido de culebra. El, igual que Anacleto, había orinado por última vez un día antes de morir.

Una hora más tarde no tenía fiebre y eso quizás se lo debía a la conversación con Anacleto más que a los medicamentos que había tomado. Pero el color de la orina matutina para un clínico de sentido atento como él significaba una fuga de sangre hasta que le demostraran lo contrario. Y aunque era para preocuparse se consoló pensando que la naturaleza no pudo ser tan descuidada para encomendar a un aparato tan caprichoso decisiones tan delicadas como la vida o la muerte.

- Ni de fundas Anacleto - le respondió tajante - la gente se muere cuando le toca y no porque deje de mear por la picha –

Desde esa misma tarde, antes de ahogarse en la somnolencia de su último día de guardia maratónica, dispuso todo lo necesario para limpiarle la sangre a Anacleto de la orina que comenzaba a circularle por las venas. A la mañana siguiente, antes de que el doctor Arcesio Mauriles, jefe de nefrología, llegara a contar las tiras de queso fundido que guardaba en el refrigerador de la unidad renal, Anacleto veía circular su sangre fuera del cuerpo conectado a una máquina que le

sacaba la orina por las venas del brazo. En estrecha comunión con la maquina sintió la muerte más cerca que nunca. Las manecillas oscilantes, las mangueras, los filtros y las luces de colores que pitaban al parpadear le parecieron un signo apocalíptico presagio de un ocaso ineluctable.

- Ahora si - murmuró Anacleto - No es más de aquí –

Y quedó un instante pensativo mirando a los enfermos que llegaban a la unidad y se acomodaban en las poltronas al lado de los riñones artificiales. Todos uniformados por la palidez del semblante.

- Esto es como un orinal público - pensó - pero de cinco estrellas –

Bonito, limpio y sofisticado donde todos vienen a hacer lo mismo, pero nadie por donde debe. Aunque desde el principio le pareció algo antinatural a lo que se opuso por instinto, no le quedo otra opción que aceptar la diálisis para no perecer víctima de un órgano caprichoso que nunca le inspiró confianza. Se adaptó tanto al procedimiento que, antes de terminar la primera sesión, parecía entenderse con la máquina como con el mejor de sus amigos. Y hasta le encontró ventaja al hecho de orinar cada tres días por el brazo. Lo tomó como un merecido descanso y algo menos de que preocuparse. El mundo de los riñones artificiales le pareció maravilloso y mágico; una máquina que era capaz de quedarse con la orina y devolverle la sangre limpia sin necesidad de incomodarse por sacudidas inquietantes. Tenía por fin algo novedoso

de lo cual sentirse orgulloso. Aunque era a su entender una de las contribuciones más grandes del hombre para ayudar a la naturaleza deteriorada, tenía desventajas evidentes relacionadas con su tamaño. Pensó que un día los harían portables y hasta de bolsillo para evitar la penosa dependencia de una máquina que con el paso de los días los hacía sentir encarcelados en el hospital. Quizás podrían inventar un artefacto para adaptarlo al reloj de pulsera o a la hebilla del cinturón, pero por el momento debía resignarse a permanecer atado a las mangueras que lo comunicaban con el paquidérmico aparato cuya principal desventaja, independiente de su tamaño, era haberle quitado la posibilidad de extasiarse pintando tréboles en el jardín de la antesala. Signando la cercanía de su muerte por donde siempre tuvo la vida.

## **Capítulo** **OCTAVO**

Descendió en caída libre por un pozo oscuro y húmedo. Unas manos descarnadas de cadáveres vivientes rasgaron su vestido en el descenso. La sensación de vacío le impidió respirar un instante prolongado, sin límite de tiempo, agotando sus miedos en la frontera de la angustia que podía soportar. Allí lo abandonaron sus recuerdos y desfalleció. Despertó de la segunda pesadilla de la noche a las dos y quince minutos de la madrugada. Sudoroso, frío, con palidez de cadáver recién desangrado y el corazón huyéndole del pecho a alta velocidad. Creyó seguir soñando hasta reconocer la luz amarilla agonizante y las cortinas empolvadas que vestían la ventana de su cuarto de descanso. Después de varias respiraciones profundas, esclarecido y con las fuerzas recuperadas entendió con preocupación que por un milagro acababa de burlar a la muerte en una intempestiva crisis de hipoglucemia severa. Recordó que no había comido en la tarde y al medio día solo había probado un jugo sin azúcar para no contradecir a su estómago que desde hacía dos días se había empeinado en no aceptar más que líquidos claros en pequeñas cantidades.

La absolución del padre Artemio que había regresado al hospital un día antes de lo previsto alcanzando a confesarlo el domingo por la tarde, lo

hacía sentir más tranquilo a la hora de enfrentarse a la muerte aún sin haber cumplido las penitencias, pues, hasta esa noche después de haber cenado un caldo traslúcido, cuando se acostó a descansar agobiado por la náusea y el dolor de cabeza, recordó que no sabía rezar y en su memoria ya no vivían las oraciones que de niño aprendiera de su abuela materna en las noches estrelladas de *José Manuel de Altamira*, su pueblo natal. Se sintió semejante a uno de los cientos de desamparados que diariamente acudían al hospital universitario.

- Me toca mejorar con la receta en la mano, porque no hay como conseguir la medicina - pensó.

Al despertar de la segunda pesadilla de la noche, después de recuperar la lucidez, con las fuerzas todavía esquivas y el corazón desbocado intentó levantarse para correr hasta el retrete pero la desobediencia de sus pies descalzos lo obligó a avergonzarse al pie de la cama con los calzones puestos. El frío lo sacudió de nuevo seguido por un dolor lancinante que le taladraba la cabeza, luego la oscuridad total. La habitación permaneció en tinieblas mientras Esteban Del Mar sacudía la cabeza con fuerza intentando recuperar la luz perdida. Se arrastró sin rumbo queriendo encontrar una salida a su desesperanza en medio de la oscuridad, pero abortó su intención al tropezar de frente con la esquina del guardarropa. Se tendió en el piso boca arriba y sintió que un fluido caliente de sabor metálico escapaba de su nariz. Temblaba de la cabeza a los pies, bañado en su sudor, con el dolor

ahogado por la vergüenza e invadido por un olor profundo que lo hacía flotar en un lago de orquídeas moradas. La imagen rejuvenecida de Hortensia pasó fugaz por su pensamiento como una ráfaga de esperanza. Le encendió un sentimiento de duda hacia ella y lo hizo llorar. Quiso tenerla a su lado para pedirle perdón por los engaños inmerecidos y para decirle lo que nunca pudo a pesar de haberlo deseado en secreto: Que la amaba con todas las fuerzas de su alma. Recordó que Hortensia no lo había felicitado por su cumpleaños cuando se despidieron el viernes y se sintió culpable del olvido.

- por el bendito diario - pensó.

Convencido de no haberla querido lo suficiente, quiso decírselo enseguida urgido por el presentimiento oculto de un destino que no admitía tardanzas. Torpemente se puso de pies apoyándose en el arco metálico de la cama. Notó con sentimiento triunfal que la luz regresaba lentamente a sus ojos y el fluido caliente con sabor metálico había dejado de escapar. Tomó el teléfono de la mesa pensando en Hortensia pero recordó con enfado lo que siempre supo sin darse cuenta: los teléfonos de internos y residentes no servían para llamar fuera del hospital. Estaba incomunicado. Se sintió prisionero. Los vidrios de la ventana vibraban impulsados por el viento de la azotea. El marco del ventanal se hizo incomprensiblemente provocante. Del otro lado del cristal estaba el abismo, quizás desolado a esa hora, pero con la libertad definitiva al final.

- Será como un sueño fuerte - pensó - acaso sin despertar. Caminó hasta encarar el cristal con altivez en un reto de valor y dignidad. Cerró los ojos y se dejó caer, ahora despierto, en el abismo de su tercera pesadilla. Motivado por la simpleza del ensayo agarró con fuerza el marco de la ventana, se apoyó agazapado en la cabecera de la cama, dispuesto a deshacerse del enemigo en la profundidad del abismo. Un instante antes de vivir la última pesadilla de su noche de tormentos, el ángel guardián a quien el padre Artemio lo encomendara lo asaltó en forma de duda. Anheló con firmeza irreconocible el regreso intacto de sus días de novato en el servicio de urgencias. Recordó en un segundo los detalles principales de toda su vida, incluyendo el diario que había dejado olvidado sobre el retrete, en el baño de su casa cuatro días antes. No podía morir sin salvarlo de la amenaza cercana de la alcantarilla.

- Ojalá Hortensia no lo haya encontrado – pensó

Miró a su alrededor y sintió con claridad que aún había mucho que escribir sobre la vida. Le pareció ver sobre la cama desordenada los aretes, cadenas, relojes, pulseras y virginidades olvidadas en la habitación por las acompañantes de paso en las últimas vigiliass asistenciales como residente mayor.

- No vale la pena - concluyó - sin duda el mundo me necesita - y se tiró de espaldas sobre el colchón con los brazos abiertos hasta quedar sumido en un sueño profundo y placentero libre de pesadillas.

Las primeras luces de la mañana invadieron el recinto con el brillo y la calidez propia de los días de trabajo. El sol intenso en un cielo sin nubes se exhibía en todo su esplendor transmitiéndole el entusiasmo colectivo a miles de personas que despertaban la ciudad después del letargo de tres días de descanso. El entusiasmo del sol también tocó a Esteban Del Mar después de tres días de trabajo con solo seis horas de descanso, sin diferenciarlo del resto de trabajadores del planeta. Lentamente el hospital y su vecindario iban cobrando vida, el sol que comenzaba a subir detrás de los edificios traía consigo a la multitud que invadía las calles, cruzaba de prisa los andenes y se acomodaba en sitios específicos a cumplir su papel como actora de turno en un espectáculo de personajes anónimos que se repetía intacto e inmodificable con la salida del sol en cada día de trabajo. Las oficinas del hospital se iban abriendo en estricto orden jerárquico de menor a mayor, exceptuando al departamento de clínicas del décimo piso donde Maruja abría para hacer el aseo y recoger la correspondencia antes de que el sol saliera. Las máquinas eléctricas despertaban obedientes ante sus amos de turno después del prolongado descanso. La vida regresaba al hospital esparciéndose bulliciosa por los pasillos, pero se detenía indiferente a la puerta de los enfermos para no enfrentarse con la muerte.

Al décimo piso iban llegando, en igual orden que hace veinte años, los mismos profesores de aquella época, ahora envejecidos por las dificultades del oficio, a ejercer como entonces su cátedra con los

estudiantes de medicina. Seguían los residentes y de último los médicos internos que siempre tenían una excusa para llegar tarde, racionalizando sin cargos de conciencia su miedo a los impredecibles interrogantes de la medicina interna. El primer espectáculo del décimo piso lo ofrecían los cadáveres frescos de la madrugada que esperaban en silencio frente al ascensor para ser llevados a la morgue donde ansiosos los esperaban con cuchillo en mano los médicos del futuro. Algunos muertos permanecían en el pasillo hasta después del medio día, esperando que familiares o amigos decidieran su suerte en el más allá con la dignidad de un entierro distinguido en el más acá, como nunca lo soñaron en vida. Los futuros cadáveres eran asediados en vida, con olfato impecable e infalibilidad pontifical, por los mercaderes de la muerte, expertos en el comercio industrial de los sentimientos de culpa, quienes ofrecían funerales en diversas categorías según lo solicitado por los dolientes o por el mismo muerto antes de morir. Tan tentadoras las ofertas que provocaba morir para por fin *“vivir como Dios manda”*. Vendían ataúdes con aire acondicionado que incluían servicios de congelación y maquillaje del cadáver, en primera clase, pudiéndose adquirir con una póliza adicional un seguro de salvación firmado por el papa, y el derecho a esparcir sus cenizas en el espacio. Pero a pesar de una muerte tan hermosa y placentera, que a muchos hacía agua la boca, los pacientes del décimo piso debían conformarse con una muerte vulgar, entierro de tercera en ataúd de madera y las oraciones del padre Artemio, en medio de una misa colectiva y subsidiada. Procurando, antes de morir, la mejor sonrisa porque el plan subsidiado no incluía maquillaje póstumo.

Lentamente el hospital salía de su letargo descubriendo las vergüenzas del fin de semana; los pacientes fugados, las drogas desaparecidas, los atracos en ascensores y escaleras, los romances veloces y las secuelas de la iatrogenia consentida. Todo regresaba a la normalidad de lo cotidiano. De nuevo la carpa de concreto se abría a una función repetida con actores recién maquillados. Los principales llegaban puntuales, los de reparto a veces no llegaban, pero todo funcionaba igual. En el primer acto oficial de la semana, reunidos en el salón de conferencias para especular sobre los casos atendidos el fin de semana, se contaron los actores del décimo piso. Cada uno tomó su lugar en el escenario, profesores, residentes, médicos internos y estudiantes se acomodaron en actitud expectante para asistir al evento académico de más trascendencia por esos días en el departamento de medicina interna del hospital universitario: el **“Morning report”**. Solo faltaban dos protagonistas en la escena: un residente enfermo y agotado que debía rendir cuentas respondiendo sin respaldo las acciones y omisiones del turno y los enfermos hospitalizados en cuya ausencia se decidía lo más conveniente para su salud.

Maruja fue la primera en notar la ausencia del doctor Del Mar. Estuvo atenta a su llegada desde temprano, cuando la despertó la campanilla de la religiosa. Sabía que Esteban Del Mar era el primero en llegar a ese tipo de reuniones aunque no hubiera estado de turno el día anterior, por lo que le extrañó más su tardanza.

- Debe haber seguido mal de la digestión - pensó - o acaso se habrá quedado dormido, rendido por el cansancio –

Recordó que el domingo en la mañana lo vio desarreglado y pálido, rechazando sin esfuerzo las bondades del amor inexplorado, lo que le pareció una muestra inequívoca de enfermedad grave. El lunes no pudo verlo, pero se enteró por comentarios de pasillo que desde la noche anterior había requerido con urgencia los servicios del padre Artemio al sentirse derrotado por los vientos viscerales que casi lo obligan a solicitar el consejo de Betuliano. Subió a buscarlo a la unidad de diálisis donde supuso que estaría atendiendo a Anacleto. Se asomó con cautela en el amplio salón de las máquinas que a su entender *sacaban la orina por las venas*, pero solo encontró silencio y quietud absoluta. Refugiado con timidez en un rincón cálido al lado de la nevera, envuelto en perfumes de jabón yodado e hipoclorito, observó con curiosidad al doctor Arcesio Mauriles en el acto sagrado del desayuno. Lo vio sacar una manzana verde del bolsillo de la chaqueta, que lustró humedecida con el aliento, en la manga de la camisa. La combinó con una hojuela de queso fundido y media galleta pequeña de chocolate - Dios lo ampare y lo favorezca - pensó - deben pagar muy mal en este hospital - y se retiró tan sigilosa como llegó. Pasó luego a la unidad de neumología donde el doctor Eduardo Porras, con la corbata a media asta como debió aprender a usarla en norte América, explicaba a sus alumnos con argumentos científicos como distinguir una radiografía tomada de frente de una de espaldas. Pero tampoco allí lo encontró. Subió entonces hasta el último piso buscando

la habitación de descanso de los residentes de medicina interna. Reflexionó ante la puerta cerrada sobre el propósito de su búsqueda. Quiso retirarse impulsada por el vestigio agónico de un pudor recóndito, pero doblegó las dudas alimentando su decisión con la dignidad irrefutable de su cargo de mensajera.

- Voy a avisarle que lo están esperando - se dijo a sí misma. Y entró en la habitación con los ojos cerrados y la respiración agitada. Veinte minutos después salió de prisa sintiéndose observada, miró a lo alto desde la ventana del pasillo y reprimió una carcajada que terminó en sonrisa discreta.

- Por fin - exclamó - Era más el alboroto –

Y se alejó convencida de que a los grandes hombres la fidelidad de los mejores amigos puede acompañarlos hasta después de la muerte.

## **Capítulo** **NOVENO**

El martes en la mañana, poco después de ver salir el sol por detrás de los cerros, Esteban Del Mar se levantó adolorido tratando de olvidar la pesadilla de una mala noche. Sin cambiarse de ropa e impregnado por los sudores de las fiebres que se la secaron en el cuerpo, salió para su casa con el pensamiento ocupado en Hortensia y el recuerdo impreciso de haber sido amado sin su consentimiento en el último sueño de la noche.

No tuvo alientos para acudir a la reunión del décimo piso que finalizó antes de comenzar, extinguida por su ausencia, bajó por las escaleras auxiliares para evitar cualquier encuentro no deseado y salió del hospital por la puerta del parqueadero, escondido entre los libros y con ropas de profano. Llevaba vivas con sigo las calamidades del fin de semana talladas en el rostro y las frustraciones de su vida renovadas por la incertidumbre del mal que lo aquejaba. Sin la distracción del trabajo crecía la preocupación por su salud en cuanto más se alejaba del hospital. Esa misma tarde habrían de darle noticias sobre su enfermedad, con solemnidad de asuntos de muerto, lo cual lo hizo pensar en un final infeliz. Se mantuvo en silencio tres días llorando por dentro cada vez que pensaba en su madre y en Hortensia, de quien seguramente la muerte lo separaría sin haberle podido sembrar un hijo.

Su profesión de médico consagrado lo había obligado a aplazar el amor y los hijos hasta que el destino le permitiera vivir de ella. Pero siete años después de haberse graduado de médico y a punto de hacerlo de especialista, sentía con tribulación que su profesión ingrata le debía mucho, pues, sin duda, él le había dado más de lo que había recibido de ella. A pesar de su inconformidad seguía estudiando, a sus treinta y tres años, patrocinado por el esfuerzo de la familia. Con la sombría perspectiva de salir a competir con las intenciones impredecibles de sus colegas, por un trabajo mediocre.

Sin darse cuenta tomó la ruta más larga hacía su casa, se desvió varias cuadras tratando de dejar en cada esquina las preocupaciones que lo atormentaban. Pero al contrario de su propósito, recogía en cada paso de desvío una pena nueva que agregaba a su congoja. En un momento impreciso que no pudo recordar, el fantasma de la incertidumbre le ahuyentó los pensamientos arrebatando de su mente aquel camino sin intenciones. Repentinamente se quedó sin rumbo, en una calle desconocida, rodeado de cosas y gente extrañas, indiferentes a su tragedia. Sintió que algo más poderoso que él le arrebató los propósitos a su vida. El crujir de los tallos aún verdes de geranios y rosas que tapizaban el asfalto lo rescató del infinito haciéndole saber que estaba en caminos de muerto fresco sobre la calle que conducía al cementerio. Se estremeció de horror pensando que su amigo Orestes podría estarle guiando los pasos y se negó a seguir por el mismo sendero.

Llegó a la casa al medio día, cansado, con las mismas angustias con las que salió del hospital y algunas más que recogió en el camino. El primer rostro que vio al entrar, sentado en el sofá grande de la sala, fue el de su inseparable amigo Fernando Cotes. Junto a él, esperando que este dijera la primera palabra, estaban su esposa Hortensia y dos colegas más de residencia. Todos con cara de querer decir algo importante. El doctor Del Mar saludó con voz asfixiada, intuyendo que cualquier cosa que necesite más de dos personas para decirse debe ser grave. Disimuló con ansiedad y una sonrisa mezquina su miedo. Saludó a Hortensia con un beso en la mejilla. Extendió su mano buscando la del doctor Cotes y exhaló profundo con pesimismo.

- pobre viejo - dijo - era tan buena persona. Enamorado, pero al fin y al cabo bueno como todos los muertos –

- las cosas de la vida - respondió Cotes - quien iba a pensarlo. La muerte llega cuando no la esperamos, se veía tan lleno de vida –

- la medicina perdió a un gran maestro - añadió Cotes.

Los otros dos colegas escuchaban atentos, indecisos sobre quien debía hablar primero. Con un silencio prolongado todos, incluyendo a Hortensia, le dijeron a Esteban que no estaban allí para hablar de muertes ajenas. Esteban lo entendió sin tardanzas y se enfrentó a la incertidumbre tal como había enfrentado todas las cosas verdaderamente difíciles en su vida; con el más grande de todos sus

miedos. Tan grande, que no le dio la oportunidad de arrepentirse antes de soltar la pregunta que faltaba. Se sentó desplomado sobre uno de los muebles de la sala sin percatarse que la fuerza de las piernas lo había abandonado desde que entró a su casa. El corazón desbocado, la respiración profunda y agitada, las palabras esquivas y temblando sin remedio por debajo de la piel se sintió invadido por el sexto frío de su calvario, pero con la dignidad apostada entera en la respuesta de una pregunta obligada.

- ¿de qué se trata? –

- El doctor Laza quiere hablar contigo - inició Fernando - nos está esperando en el hospital –

En ese instante para Esteban Del Mar se disipó la expectativa más inquietante de sus treinta y tres años. La verdad que había estado esquivando toda la mañana se hizo más verdadera e ineludible. Era una verdad inmensa, dolorosa e inquietante, que Esteban aún no conocía, pero que no podía ser menos que la muerte si cuatro eran incapaces de decirla.

- está bien - dijo - me cambio de ropa y los acompaño -.

Hortensia preparó equipaje igual que para un viaje de varios meses al enterarse de la enfermedad de su marido, dos horas antes que Esteban Del Mar llegara a su casa el martes a medio día. Fue quien

primero recibió la noticia en el momento que preparaba para él un guiso de paloma tierna para sacarle la verdad de su silencio del fin de semana, con el pretexto de reponerle las fuerzas después de un turno tan largo. La noticia completa incluía la recomendación no negociable del doctor Laza para que Esteban se hospitalizara esa misma tarde para iniciar el tratamiento.

- ¡Un tratamiento largo! - le explicó Fernando Cotes

- ¿Qué tan largo? - preguntó Hortensia

- Como un viaje de vacaciones - le había dicho Fernando. Procurando disminuir con diplomacia provinciana el tamaño de la tragedia.

Hortensia lo asumió al pie de la letra. Como una orden médica. Y sin terminar el almuerzo empacó en la maleta de cuero blando ropa suficiente para dos meses de ausencia. Ropa liviana para los días de calor y abrigos de lana para sudar la fiebre. También el televisor a blanco y negro, una radio con toca cintas que solo sintonizaba una emisora y un grabador de cinta. Todo lo necesario para matar el tedio de una cama de hospital con aislamiento prolongado. Incluyó también varias revistas de farándula con rostros olvidados y todas las cosas consideradas pertinentes en cantidad suficiente, menos los libros de medicina a los que acusó de parte de su desgracia. Con todo empacado, y el secreto guardado donde se ocultan las cosas que se quieren olvidar, Hortensia esperó a Esteban en la sala de su casa en

compañía de sus tres mejores amigos, con el propósito de regresarlo al hospital como paciente por la misma puerta donde cuatro días antes había entrado como médico.

El doctor Laza y dos hematólogos del hospital recibieron a Esteban con bromas de mal presagio. Agotado el lugar de las sonrisas, cuando no cupo otra trivialidad, el doctor Laza interrumpió los rodeos dirigiéndose a Esteban Del Mar con la broma que faltaba:

- Tu sabes lo que tienes - le dijo - si no, perdiste hematología –

Hubo un silencio atribulado que duró treinta y tres años atropellados, interrumpido de nuevo por el doctor Laza

- ¿Quieres mirar la placa? - preguntó - considero que es una LLA - y sin saber cómo seguir, confundido también por la desventura de su discípulo, le pidió su concepto.

- Mírala - le indicó

Esteban prefirió no hacerlo. Sin embargo, se asomó al microscopio sin darse cuenta y asintió con la cabeza sin haber visto nada. Su primer pensamiento fue que no podía morir todavía. A pesar de sentirse muerto sin remedio, tuvo ánimo para reírse de la adversidad y mamarle gallo a la muerte

- Puedo morir tranquilo - dijo - aún conservo la lealtad de mis amigos - y no pudo contener dos lágrimas irrefutables que se extinguieron en el hombro de un amigo solidario.

Esa misma tarde, con las ideas aún en revoltijo y las emociones desorientadas, fue hospitalizado en el piso distinguido del hospital de donde egresan los muertos importantes, en la misma habitación en donde tres días antes muriera por terca Teotiste Sagrario. Por la eficiente diligencia de sus compañeros y colegas se logró conseguir el dinero para el adelanto exigido por el hospital, prestado hasta que vendieran la rifa de caridad organizada para ayudarlo. Después de muchos sufrimientos el doctor Esteban Del Mar sobrevivió a un exigente esquema de quimioterapia que lo acercó como nunca antes al olvido. Soportó con valentía las consecuencias de un delicado tratamiento tan peligroso como la enfermedad. Y salieron victoriosos él y los médicos, gracias a los interminables rezos de su esposa y su madre, al cuidado de sus colegas y al apoyo incondicional de todos aquellos que tenían algo que agradecerle.

En cuatrocientas hojas de cuaderno que todavía guarda en su baúl de Guayacán, junto a los libros importantes, descansan escritas las intenciones de más de mil quinientas personas que no pudieron verlo en su aislamiento. Desde que salió del hospital nadie ha querido volver a leerlas. Quizás haya en ellas para escribir otro libro. Por el momento, esta es la historia que prometí hacerte cuando no podías escucharme.

*Dedicado a la fortaleza de Alberto Reyes Correa,  
Su familia, sus amigos y colegas.  
Quienes vivimos junto a él,  
La cercanía del último olvido.*